

En estas páginas somos testigos de ese encuentro que es diálogo; diálogo de fe, diálogo de amistad, diálogo en profundidad de esas dos almas amigas. Una, la de María Eugenia Milleret, Fundadora de las Religiosas de la Asunción en el siglo XIX; otra, la de un creyente de nuestros días, Olivier Le Gendre. María Eugenia, mujer de fe y de acción cuya vida transcurrió durante el Siglo XIX en Francia; Olivier, hombre de fe y de acción también él, a finales del siglo XX. A pesar de la distancia en el tiempo, el encuentro ha sido posible.

Estas páginas nos hablan del viaje interior de María Eugenia. Cada ser humano es un viajero por los caminos de la vida cualesquiera que sean. Cada uno hace su viaje, moldea su espíritu, libera sus energías para el bien, con vistas a encontrar desde ahora el sentido de la vida y la Vida misma. En esta tierra – “lugar de gloria para Dios” y no “lugar de destierro” según sus propias palabras – y en su tiempo, que tanto amó, María Eugenia hizo ese viaje y vivió el encuentro con Él, que viene sin cesar al encuentro del hombre.

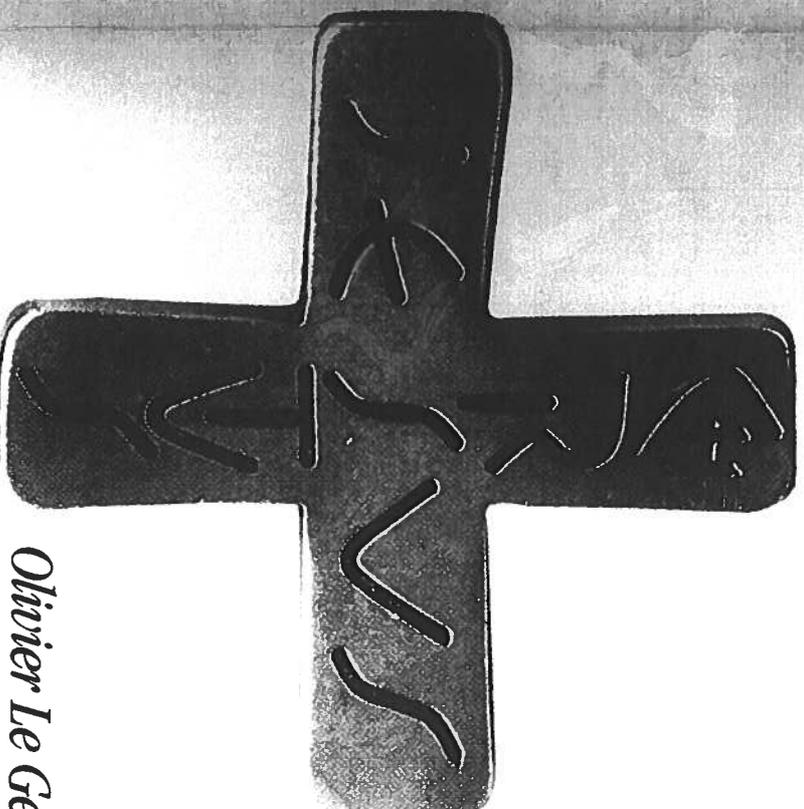
Y nosotros, en la escuela de María Eugenia, ¿Qué haremos en el inicio del siglo XXI, en estos tiempos que son los nuestros, y en esta tierra “lugar de gloria para Dios”? ¿Cuál será nuestro viaje y a qué encuentro nos conducirá?



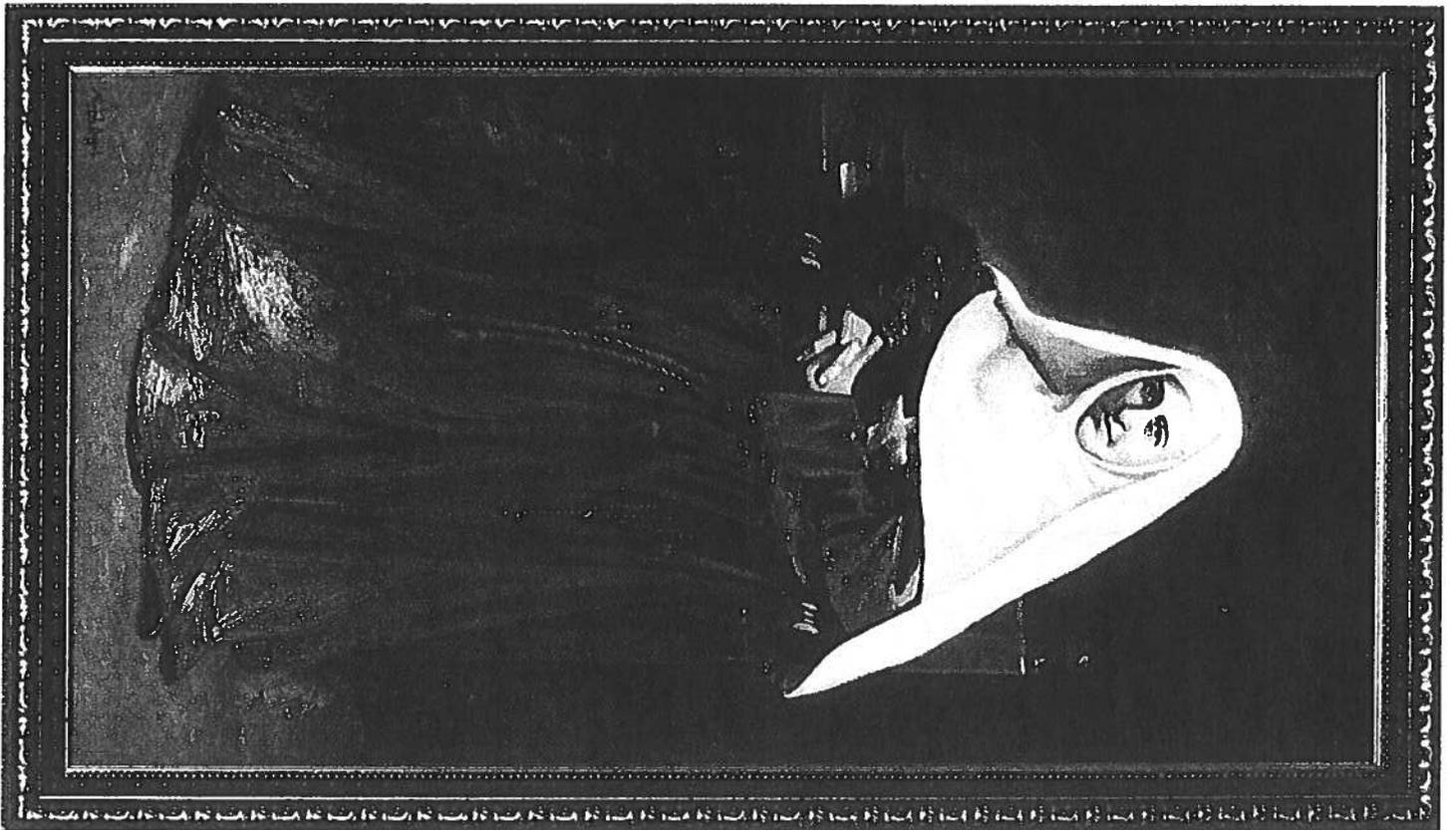
# Abandono

## LOS ARROYOS

### y Voy al Mar...



Olivier Le Gendre



*Olivier Le Gendre*

*Abandono  
Los Arroyos  
y Voy al Mar*

*María Eugenia Millereí. Óleo sobre lienzo. Se encuentra en la Iglesia*

*Parroquial de San Antonio de Padua, de Granadilla de Abona.*

*Obra realizada en el año 2003 por Miguel Ángel González Marrero, nacido en Granadilla de Abona. Tenerife.*

## Prólogo

Con “Abandono los arroyos y voy al mar”, publicada en París en el año 1998, estamos ante una obra que nos da la oportunidad de conocer más y mejor a María Eugenia Milleret, Fundadora de las Religiosas de la Asunción, beatificada el 9 de Febrero de 1975. Obra escrita por Olivier Le Gendre, como un homenaje más, en el centenario de su muerte. Escrita por la amistad y en la amistad.

Olivier Le Gendre, extraordinariamente culto, periodista y hombre de fe, es actualmente el Coordinador General del Movimiento Amigos de la Asunción. No ha escrito Olivier una biografía al uso, ni un ensayo, ni un tratado. Esta obra es, como su autor nos dice, “un encuentro”. Encuentro espiritual con María Eugenia a más de un siglo de distancia y, al mismo tiempo, un viaje espiritual, recorrido por María Eugenia a lo largo de su vida hasta llegar al Encuentro Final ocurrido el 10 de Marzo de 1898.

Con la Fundadora de la Asunción estamos ante una mujer culta, con una inteligencia fuera de lo común. Lectora infatigable, de una modernidad intelectual impensable en una mujer de su época.

El autor, conocedor profundo de su vida y de su pensamiento, a través de toda su obra, nos lo va transmitiendo

Prólogo y Traducción: *Julia González Álvarez.*  
Supervisión: *Ana Trauer, Religiosa de la Asunción.*  
Colaboración: *Sergio M. González Herrera.*  
Diseño Gráfico y Maquetación: *Concejalía de Comunicación.*  
Agradecimientos: *Ilustre Ayuntamiento de Granadilla de Abona.*  
Religiosas de la Asunción.  
Sergio M. González Herrera.  
Imprime: *Tenydea, S.L. - 922 237 560*  
Dep. Legal: *TF-1131/2004*

mediante un diálogo virtual. Diálogo y reflexión de fe y de amistad que nos ofrece en sus páginas llenas de emoción y de ternura, en las que asoma a su vez el desaliento, pero también renace siempre el entusiasmo y la confianza.

Al autor le atrae en esta labor, más que el trazado exacto de las orillas tranquilas de los arroyos, la vida de María Eugenia desenvolviéndose en el mar con sus continuos e imprevisibles cambios. Un mar generoso, pero cuya profundidad es difícil de sondear.

La fundadora de las Religiosas de la Asunción, protagonista, nunca lo habría querido ser, pero también protagonista el autor. Olivier hace hablar a María Eugenia, ella, a su vez, hace que él responda, expresando su pensamiento sus ideas.

En esta obra, Olivier emplea una lengua culta, exquisita. Lengua cuidada, buscando siempre la palabra exacta, y usando inteligentemente todos los recursos estilísticos de acuerdo con la intensidad del contenido. Mención especial merecen las hermosas metáforas que complementan, a veces, complejos contenidos. El título de la obra vale como ejemplo.

Su contenido está distribuido en veintisiete capítulos sin numerar. En ellos se tratan temas de épocas concretas de la vida de María Eugenia, si bien en algunas ocasiones, el autor hace referencia a etapas anteriores o posteriores dando lugar a desórdenes cronológicos bien organizados desde el punto de vista estilístico.

Los cinco capítulos primeros son relativamente independientes, en ellos se exponen temas de honda espiritualidad como el Recogimiento, Derechos de Dios o de los hombres, o la Santidad, y también sobre valores como la libertad o la amistad.

Los veintidós restantes están agrupados en otros apartados que el autor denomina "Viaje Interior".

En el primer apartado se nos ofrecen distintas etapas de la vida de María Eugenia. Recuerdos de una infancia cómoda y

feliz, experiencia mística de su Primera Comunión, fallecimiento de su madre o la austera adolescencia posterior. Etapas marcadas por sus tempranas lecturas, sus estudios y el deseo de consagrar su vida a Dios.

Este deseo la llevaría a conocer la vida comunitaria y contemplativa en las Benedictinas y en el Convento de la Visitación, así como a mantener varios encuentros, entre otros con el Abad Combalot, no siempre afortunados, o los más fructíferos con Padre Lacordaire en Nôtre Dame o el Abad D'Alzon. Todo esto culminará con la Fundación de la Asunción el 30 de Abril de 1839. Sólo tenía veintitún años. Su meta estaba en la creación de Colegios o internados para la educación de las jóvenes, y en la vida contemplativa.

Estos temas se tratan en sugerentes capítulos como "Qué hacer", "Paz", "Voluntad" o "Ternura". Los últimos son cada vez más extensos, como deteniéndose morosamente su autor, deleitándonos en la grandeza de su contenido.

En el segundo grupo o Viaje Interior (II), Olivier habla de temas profundos, intercalándolos con los terrenales. Entre ellos el valor de la oración, la búsqueda de uno mismo, o las vocaciones.

Profesión perpetua a los veintisiete años. Internados pobres, no hoteles de lujo. Desarrollo cultural de la Institución y su rápida extensión por tres continentes. Aprobación de los Primeros Estatutos.

Por su profundo contenido merecen atención especial los capítulos titulados "El derecho a rezar", "Buscarse uno mismo" o "Exilio"

Como en el anterior, en el tercer apartado alternan los temas espirituales y terrenales. Etapa de dificultades para María Eugenia. Viaje a Roma, guerras, problemas de dispersión, heridos, refugiados. Quebrantamiento de su salud, pérdida de sus energías. Reza, lee. Está próximo el momento de su "Encuentro Final". Ocurrirá el 10 de Marzo de 1898. Habría

cumplido los 80 años.

Hermosas páginas reflejarán estos acontecimientos en títulos como "Mirada", "Tú sabes bien", "Las más bellas páginas" o "Cruz".

Aunque no es fácil extraer lo más intenso o más brillante de su contenido, en el orden espiritual, pues todo está en un alto nivel, me atrevo a elegir algún pensamiento o reflexión que los considero como lemas sobre circunstancias especiales de su vida que han marcado profundamente su talento, e intentaré comentarlas:

- "La tierra es un lugar para dar gloria a Dios"
- "Tú sabes bien que te amo"
- "Ya no me queda más que ser buena"

En el capítulo que lleva por título "Exilio" dice María

Eugenia: "Me cuesta oír llamar a la tierra lugar de destierro". "Yo la miro como un lugar para dar gloria a Dios". Novedosa

afirmación que inquietó a muchos en su momento. Olivier reflexiona con María Eugenia: decir que la tierra es un lugar de destierro, es decir que la tierra no está hecha para el hombre; sería decir que la tierra es una especie de carrera para el hombre; sería decir que la tierra es una especie de carrera de obstáculos hasta llegar a otro universo donde habitaría Dios. La tierra es santa aunque sea un lugar de pecado. La tierra está habitada por Dios. La tierra es el lugar de la Encarnación. La tierra es el lugar de la Eucaristía.

La segunda reflexión, el segundo lema estaría en el capítulo "Tú sabes bien". Interiormente añadimos al título "que te amo", completando la frase evangélica de Pedro después de la Resurrección. "Tú sabes bien que te amo".

Esta hermosa afirmación de fe es la frase elegida por María Eugenia al empezar su vida religiosa; seguro que al elegir la tenía en su mente la frase de Pedro. Frase o palabra secreta que cada Hermana elige y lleva grabada en el interior de su anillo. Le acompañará durante toda su vida, y es el por qué de su compromiso personal.

Esa frase escondida en su anillo es la razón, es el por qué de los colegios, de los internados, y del resto de obras de la Asunción, de las ocho Superiores Generales que le han sucedido, de los Cardenales, de los Obispos, de los intelectuales amigos de la Asunción, de los numerosos necesitados socorridos.

Nunca hiciste tuyos esos éxitos, le dirá Olivier, y todo responderá a la pregunta: ¿Me amas? Esa era tu respuesta. Es Él quien decide lo que se va a hacer. Sólo necesitamos responder a su pregunta.

La última reflexión escogida pertenece al último capítulo "Cruz": "Ya no me queda más que ser buena"

Importante frase dicha por María Eugenia al salir del Capítulo General en 1894, cuando se le comunica que tendría que dejar su cargo, sus responsabilidades, pues su salud se había quebrantado mucho.

Ahora, dejadas las obligaciones adquiridas, se entrega plenamente a Dios, aunque sería imposible entregarse más, dedicarle más que le había dedicado hasta ese momento. Abandonarse a Él. Soledad del alma; físicamente acompañada. Nunca se está sola muriendo en la Asunción, dirá Olivier.

Abandonada la vida activa, su corazón sigue latiendo. María Eugenia sigue pensando, sigue amando. Ahora puede hacer realidad la oración que hace tiempo había escrito: "Oh Jesús mío, dame el amor por excelencia, el amor a la Cruz... Solamente entonces sabrás que te amo, aunque no lo sepa yo misma, y eso me basta".

Conocer tan valiosos pensamientos, conocer esta obra ha sido muy importante. La conocí a través de una Religiosa de la Asunción, muy querida y muy recordada.

Tere, desde la distancia, gracias, muchas gracias.

Desde el primer momento pensamos que este "Camino espiritual", que este "Encuentro" sería muy interesante que lo tradujéramos a nuestra lengua para que este mensaje de

confianza, de generosidad y de fe pudiera ser conocido por más gente.

Y este importante y hermoso trabajo, el traducirlo al castellano tuve la suerte que me tocara a mí. Lo he hecho con satisfacción y con interés, al mismo tiempo que asumía mucha responsabilidad, pues sabía las dificultades que encierra mantener con el máximo rigor tan hondo contenido.

En ello he puesto toda mi atención y mi preocupación para que en el trasvase lingüístico “desde los arroyos hasta el mar” no se perdiera ni una sola gota de su cristalina y auténtica espiritualidad.

Julia González Álvarez

*Para mis hermanas de la Asunción.*

## *Abandono los arroyos y voy al mar*

Volver a encontrar las fuentes. Ir de nuevo a los orígenes. Para ser más fiel.

Yo he seguido el camino contrario. Para ser más fiel. He querido con María Eugenia, fundadora de las Religiosas de La Asunción, dejar los arroyos e ir al mar.

En 1867, anota este sentimiento: “Voy a cumplir medio siglo. Pienso, siento que dejo los riachuelos y que voy al mar y que este mar me entusiasma y me deslumbra”.

Esta sencilla frase tiene mucho contenido, reveladora del temperamento de esta religiosa cuyo nombre nos parece, un siglo más tarde graciosamente en desuso. “Yo pienso, yo siento”. Intelligencia y sensibilidad bastante fuera de lo común.

Le gustaba el dinamismo de la ola y no temía la incertidumbre de los océanos.

Dejó los riachuelos cuyo trazado era demasiado corriente para ella. Riachuelos bien trazados en el ambiente de una familia aristocrática donde una jovencita se hace mujer para ser madre y honrar a su esposo y a sus hijos.

Ella se atreve a ir más lejos para encontrar orillas más espaciosas.

El siglo XIX, cuando vivió en Francia,

era demasiado angosto para ella. Por eso fundó casas religiosas por toda la tierra. Fue visitada y solicitada, despertó admiración.

Ante tal personalidad, se corre el riesgo de ser uno mismo demasiado cauto, timorato a fuerza de respeto. Se corre el riesgo de contentarse con los arroyos tranquilos.

Yo he preferido correr el riesgo inverso. El de no decirlo todo con suficiente precisión. No he intentado dibujar el trazado exacto de las orillas del riachuelo de su vida; Para ello hubiera sido necesario un geógrafo más sabio.

Es el mar el que me atrajo y me retuvo, el mar con sus movimientos a veces violentos y con sus calmas imprevisibles. El mar que es generoso pero cuya profundidad es difícil sondear.

María Eugenia, tu has ido de los arroyos al mar. Yo he intentado encontrarte. Este libro no es ni un ensayo, ni una biografía, sino que es un encuentro. No es tampoco un homenaje como podría esperarse en este año en que se conmemora el centenario de tu muerte.

Es un encuentro cuando a más de un siglo de distancia recorremos la misma extensión profunda, que se extiende hasta donde la vista alcanza.

Cristina, me has pedido este libro. Quizá sabías lo que hacías. Eso te daría una superioridad sobre mí, que ignoraba totalmente a lo que me comprometía respondiéndote "sí".

Este libro se ha escrito por amistad y en la amistad. Y esto lo hace precioso para mí. La amistad se vive en la libertad y es una de las cosas más hondas de nuestra existencia.

## *Encuentro de dos Libertades*

Encuentro en lo esencial, donde las palabras parecen superfluas cuando nace una extraña comunión. Uno no quisiera tener nada que decir, celebrarlo sencillamente en silencio. Sin embargo me ha sido necesario escribir, tú me lo habías pedido.

Este libro está lleno de rostros, los vuestros, mis hermanas que sois de la Asunción, en tan numerosos países y bajo tantos climas.

No existiría este libro si no existiesen vuestros rostros. Las fotografías envejecidas de Ana Eugenia Milleret no habrían sido suficientes. Pero, puesto que os habéis reunido por ella, bajo el mismo hábito, Ana Eugenia, convertida en María Eugenia, me lo ha encargado por vosotras. La acogí con confianza.

Fundadora y Superiora General durante más de medio siglo, M<sup>a</sup> Eugenia os precede, a vosotras, Cristina, Clara y Helena María. Cuando intento comprenderla, esta mujer intrépida y no siempre fácil de comprender, no puedo separarla totalmente de vosotras tres, las superiores generales que os habéis sucedido desde hace más de treinta años.

Cuando leo ahora lo que escribiría a sus hermanas que fueron tan numerosas, son unos rostros muy vivos los que tengo ante mí. Los rostros alegres de to-

das mis hermanas de hoy que sois de la Asunción. Y los rostros de las que han muerto en África.

María Eugenia escribía mucho y no siempre muy bien, porque escribía a menudo deprisa. Frases largas, reveladoras de un gran deseo de decir, de estimular, de testimoniar. Escribía en el siglo XIX, y su lectura no es fácil para los que vivimos hoy. Escribía directamente lo que pensaba, que no era poco, con numerosas referencias a lo que había leído, que era mucho.

Todo esto para decir que me cuesta situarme a su altura; ha sido necesario encontrar otro campo de entendimiento. Como siempre, yendo a lo más profundo, detrás de las palabras y las frases, es en el recogimiento donde surge el encuentro: rezamos, ella y yo, en el mismo nivel.

He rezado con ella, y a menudo con vosotras que sois sus hermanas de hoy. Tan alejadas en el espacio y distantes en el tiempo, sin embargo rezamos con el mismo horizonte, porque nos dirigimos hacia el mismo Padre, porque nos inundamos en la luz del mismo Espíritu, porque somos conducidos por el mismo Hijo.

Los susurros se unen; ¿quién habla cuando los corazones están tan próximos? ¿De quién vienen las palabras, de ella, de vosotras, de las que os han precedido, de mí?

María Eugenia habría respondido: del Hijo que vive en nosotros. Nosotros no rezamos por nosotros mismos, hacemos el descubrimiento, a medida que entramos en la oración. Esperamos ser eco de la oración perfecta que sube sin obstáculos del corazón del Hijo al corazón del Padre.

Desde el comienzo la misión de la Asunción ha sido la educación, pero tú, María Eugenia, la ponías en segundo lugar respecto a la vida de la congregación: “el verdadero fin de una obra está en su consagración interior”.

Es necesario al menos esto para que, tan alejados uno de otro, pudiéramos encontrarnos.

María Eugenia, vivimos un misterio que no es insignificante; el encuentro en medio de nosotros, entre nosotros, en nosotros, más allá de nuestras palabras felizmente diferentes, de lo que nos hace vivir, desde el interior, de una misma manera: el Amor de Dios por sus hijos, que nosotros tenemos tanta alegría en hacer que brote en amistad.

La amistad ha tardado en plasmarse. Me ha sido preciso leerle mucho, y tras tus palabras, encontrarte. Es un don maravilloso poder atestiguarlo: si la amistad procede a menudo del encuentro de afinidades, descansa fundamentalmente sobre una huella de Dios en nosotros.

Gracias por tu amistad, amistad contigo, con tus hermanas que viven hoy. Dejemos pues los riachuelos para ir, juntos, hacia el mar.

## *Recojimientto*

Conoces, María Eugenia, esos momentos de profundo silencio donde el alma se sumerge cuando se vuelve hacia el que la atrae. Se abandona el esfuerzo que nos parecía necesario para llegar al Padre. “De la atención hay que pasar al recojimientto”, dices.

Esta sencilla frase me parece dibujar un retrato bastante fiel de lo que eres. Has tenido que luchar para ir al encuentro de la dulzura del “conocimiento sencillo que se encuentra en el fondo del alma, un conocimiento que vivifica todos los otros y que sobrepasa muy rápidamente todos los que hayas podido adquirir”.

Tu lucha no se ha ganada de una vez por todas, lo mismo que todas las verdaderas luchas que se libran en nuestra alma. Parecería incluso, que hayas necesitado luchar, llevada por una energía poco común, y una inteligencia que, te confieso, me atemoriza un poco.

“Atención” dices, “es decir, tensión, que es, naturalmente, una ofrenda de nuestro celo, y también el capricho de nuestra voluntad, cuando es la voluntad de Él la que debe hacerse. Hay que procurar, otra vez un esfuerzo, pero justo después, la luz: “pasar al recojimientto”.

El recojimientto no es la penumbra del corazón; es el lugar en el que se expande la luz, un modo inimitable de acoger-

la. Tampoco es austeridad como durante demasiado tiempo lo creí, sino por el contrario, la constatación feliz del alma que se hace escucha.

A ti no te ha gustado nunca la paradoja. Yo me permito ésta: "Se necesita un esfuerzo para consentir no tener que hacer esfuerzo". Tenemos una idea del bien, de los "derechos de Dios" que nos empuja a movilizar nuestras energías, las de nuestra inteligencia o las de nuestras fuerzas físicas, para rendir homenaje a Dios. Es verdad que podemos conseguir algunas victorias de comprensión, de acciones beneficiosas, de enriquecimiento de nuestro corazón. "Así adquirimos conocimientos"

Quizá, te fue necesario, María Eugenia, pasar por el esfuerzo para llegar a ese recogimiento, el único que permite "descubrir en el fondo del alma un conocimiento que ninguna otra cosa puede dar". Descubrir y no conquistar. Abrir los ojos sobre lo que existe desde siempre y no se ha sabido ver. Esta clase de descubrimiento divide a los que llegan a él en dos campos. Unos, no pueden decidirse a creer que todo sea dado sin que haya habido que ganarlo, sin que puedan gloriarse de ello más que interiormente. Otros, experimentan una profunda alegría, difícil de expresar, al constatar que se recibe tanto, cuando se cree no haber merecido gran cosa.

Tú no has renunciado nunca a la exigencia de tu inteligencia, pero sé que has caído de rodillas ante el regalo depositado en el fondo de tu corazón. Has procurado que tu inteligencia sea iluminada por esa luz que no depende de ella misma, sino que es la huella de Dios en tu alma. La fuerza es a veces el peor enemigo de nuestra calidad de hijos de Dios. Sospecho que has sido víctima de la tuya que despertaba la admiración de tus contemporáneos. Sé que sufriste por ello: es fácil caer en esa trampa cuando se ha sido encargada de tantas almas y de tantas fundaciones.

No han sido raros los momentos en los que te has sentido tan cerca por la inteligencia y tan lejana por corazón. Lo has reconocido en varias ocasiones, revelando una honda triste-

za. Más joven, yo habría creído que esas confesiones de aridez eran como una coquetería común a los santos. Ya no lo creo. Has sufrido como yo sufrí, y ese sufrimiento tan extraño proviene de sabernos tan próximos del amor de Dios y tan lejos de la reciprocidad que deseáramos.

Sabemos, sabías, verdad, que esta apacible luz se halla en el fondo del recogimiento, y sin embargo, a veces perdías el camino, por dejarte conducir demasiado por los deseos de tu inteligencia, por querer confiar demasiado en ti.

Esta actitud que algunos atribuyen a la dignidad humana, para nosotros es pecado. El don se nos ha dado, lo hemos descubierto en lo hondo de nuestra alma; hemos gustado con frecuencia su increíble sabor y, sin embargo, olvidamos que está siempre ahí, disponible...

Olvídamos, no queremos saber, queremos contar con nuestras propias fuerzas, para ir más lejos, y perdernos el camino.

Por haber perdido con frecuencia este recogimiento del alma, sabemos por toda nuestra experiencia, que sin él moriremos. Lo descubriste pronto, luego lo experimentaste. Por eso, en el corazón de la Asunción se encuentra el recogimiento que puede llamarse la contemplación o la oración.

Esta característica de vuestra Congregación no es accidental, es vuestra condición de vida. Sin ella moriréis. No es un medio, como una especie de retorno a las fuentes que os permitiría hacer frente al cansancio de actividades desbordantes, hacer un aparte para llegar a ser más fuertes.

No es por vosotras mismas por lo que debéis entrar en recogimiento, en contemplación. No es ni siquiera por aquellos que no tuvieron ni la idea, ni el tiempo, esos laicos devorados por la vida moderna. No es ni por vosotras, ni por nosotros. Es por Él. Tiene derecho a ello, lo está esperando. Él os espera. Nos espera.

## *Derechos*

A los oídos de nuestra época que pronto va a entrar en el tercer milenio, algunas expresiones del siglo XIX suenan de manera algo ridícula. Tú eres del siglo XIX, María Eugenia, y te confieso que me cuesta a veces encontrarte en tus palabras.

Esas expresiones me irritaban, y aún cuando hubiera empleado aquí alguna, estoy seguro de no ser yo el único irritado. Pensaba de verdad que era una fe rara la que animaba a las mujeres de aquella época, una fe muy oscura, y mirando a mis hijos, los veía reír burlescamente por lo que les parecían increíbles antiguallas.

Creo que cuando se trata de decir en qué creemos, hay más diferencia entre estos dos siglos que durante todo el milenio precedente.

Pasaba por encima de buena gana y con indulgencia, creía yo, de frases que no se repetían a menudo, pero cuando descubrí que algunas te han acompañado toda tu vida con insistencia, fue preciso rendirme a la evidencia: son importantes para ti. No puedo suprimirlas pasando página: ocultan sin duda lo que, en un principio, no supe comprender.

“Buscando cual era el sello más característico de nuestro Instituto, me de-

tuvo este pensamiento: que en todo y de todas las maneras debemos ser adoradoras y guardianas de los derechos de Dios.”

Al oírlo por primera vez, los menos motivados sienten deseos de huida. Es una lástima.

Es raro descubrir que esta expresión “derechos de Dios” nos molesta, a nosotros creyentes de un fin de siglo en el que Dios tiene cada vez menos derechos sobre sociedades y naciones. Deberíamos estar más interesados en lo que se llaman derechos cuanto que son atropellados y que nuestra tristeza es con frecuencia grande al constatar que Dios no es tan considerado como nosotros quisiéramos.

Pero no estamos en absoluto preocupados por los derechos de Dios; es a nuestro modo de ver un concepto vacío. Nos decimos que hace más de cien años estos derechos de Dios eran respetados: las iglesias estaban llenas, los sacerdotes eran numerosos, los obispos aún respetados. Entonces ¿por qué te preocupabas?

Los derechos son para la gente de hoy cuestión de dominio político: los derechos del hombre, de los niños, de la mujer, de las minorías... Son objeto de enfrentamiento y de largas luchas.

Tus “derechos de Dios”, María Eugenia, son del dominio de la vida interior, y sí hay luchas (y hay muchas), tienen lugar en tu alma y en la nuestra. No se trata del poder de Dios sobre los pueblos, se trata de su lugar en nuestros corazones.

“Dios tiene derecho a nuestro amor”, dices, y tiene derecho porque nos ha creado por amor.

Dios tiene el derecho de ser amado. Hay en este modo de decir, un universo que se abre, un universo de fragilidad, como de un mundo en la incertidumbre. Nuestra conciencia moderna sabe que todos los derechos son tenues y débiles puesto que nuestro mundo moderno los atropella sin pudor.

El derecho de Dios a ser amado es frágil, como si Dios que-

dara en el aire ante nosotros, como una solicitud que nos dirigiera, buscando la respuesta de los que pudieran responder.

Entendía tu expresión como una reivindicación de poder; era, por el contrario, el volver a encontrar en tu alma una oración que venía de Aquél a quien uno dirige normalmente sus oraciones. Plegaría del Todopoderoso que mendiga nuestro amor y deja en nuestro poder el responder “sí” o “no”.

“A veces se dice que los derechos de Dios son aplastantes. Nunca lo he podido comprender.” ¿Puedo decirte que en este punto nos encontramos sin dificultad? Dios es todo para mí, salvo aplastante.

Vivimos en una época contaminada por la política y por la relación de fuerzas, el siglo de las guerras más intensas y de las destrucciones masivas. En este mundo, el derecho está en la punta del fusil. Tenemos que hacer un esfuerzo para imaginar que pueda depender del simple amor.

“El derecho de amor de Dios” del que nos hablas es doble. Dios tiene el derecho de amar, Dios tiene el derecho de ser amado. “Dios nos ha creado para ejercer el derecho del amor” ¡Qué gran ejercicio éste! Infinito impulso que pone en evidencia su ser, que se negaría si Él no creara, si no amara. Primer influjo, proyección perpetua de la creación. Derecho de amor de Dios que se traduce en creación y en amor individual para cada creación de su amor.

Me gusta oírte decir lo que yo habría dicho de otro modo, pero que es nuestro tesoro común: Dios tiene derecho a amar. Y tu dices: “el primero de todos los derechos, el que Dios prefiere sobre todos, es el derecho del amor”. No se trata aquí, del que se obtiene en fuerte lucha, sino que es la sencilla expresión de lo más hondo del corazón de Aquél que lo ejerce.

Y el celo, no es la envidia ni la rivalidad, sino la simple constatación de que Dios no puede ser nada más que Amor.

## LOCURA

Ante un don de tanta intensidad, cuando comenzamos a constatarla y a sentirla, ¿Cómo no cuestionarse uno y responder por poco que sea?

Tú sientes el derecho de Dios a ser amado, como un deber para ti. Quieres, María Eugenia, devolver a Dios este derecho, darle una realidad tangible. No es una declaración sencilla de las que nos gustan, aunque las olvidemos o las atropelamos a poco que la tinta de las firmas se haya secado sobre el papel. Es una tentativa siempre recomenzada. Es “ocuparse siempre en alabar, bendecir, adorar, glorificar a Dios y darle gracias”.

Comprendo la relación entre derecho y deber. Son las palabras de tu respeto y de tu amor. ¿Me entenderías si yo empleara otras palabras? ¿Reconocerías la misma inspiración?

¿Compartes tú lo que yo veo de ese Dios extraño que no se da a conocer desde lo alto de su poder divino y se entrega únicamente al que le resituye su título? Adorar a Dios no es arrodillarse en nombre de la indignidad, es señalarlo como su Dios, reconocerlo como Padre. Señalarlo en el ruido y la confusión como la joven Juana que señaló en medio de los cortesanos al rey que quería hacer consagrar.

Dios es misterio para no forzar al hombre a reconocerlo, para que el simple hecho de decir: “mi Dios” sea un acto de amor y de confianza, de agradecimiento, como se da un nombre al que se ha dado la vida. Dios es él mismo, naturalmente, sin tener necesidad de mí, pero llega a ser mi Dios cuando yo acepto llamarlo así.

“Llamar a Dios desde el fondo del alma ¿no es rendirle ese derecho que tu le rindes?”

La entrada en la santidad depende con frecuencia de muy pocas cosas. Para ti, que tenías un alma segura de sí misma, bastaron dos o tres letras, las que diferencian dos palabras: humildad y humillación. La humildad es una cualidad humana, agradable para el entorno del que o de la que se esfuerzan en ello. La humillación es santidad.

Tenías, María Eugenia, el alma altiva e incluso orgullosa. No es ofensa decirlo, porque tu misma lo reconociste a menudo. Tuviste que esperar sesenta años para descubrir lo que es una locura a los ojos de los paganos e incluso de los cristianos “¿Qué es lo que agrada más a Nuestro Señor Jesucristo? No solamente la humildad sino también la humillación”

La frase es un poco dura de asimilar. ¿Es una cualidad la humillación? Es un mal, diríamos nosotros espontáneamente. ¿Vernos humillados agrada al Dios de todo amor? Se vaciarían las iglesias con afirmaciones como ésta.

Atención: es tumultuoso el río que nos lleva a esta vida de santidad. Para entender su curso es bueno remontarse hasta su nacimiento.

En este nacimiento, muy río arriba, está el Hijo sufriente, humillado, bajo la corona y los salivazos. El Amor juzgado

malhechor. El Hijo en la humillación. A nosotros, los cristianos, no nos gusta mucho mirarlo así.

Y sin embargo, tú lo has contemplado, y largamente, flagelado, bañado de oprobio. "Me siento llamada a adorar a Nuestro Señor en su excesivo sufrimiento"

Tu corazón ha sangrado cada vez con mayor frecuencia.

La pasión que inspira compasión.

La pasión que significa sufrimiento, la compasión que significa sufrir con.

La ventana de la santidad se entreabre cuando un viento de generosidad llama a la compasión por nuestro Dios, por su Hijo, incluso por el Padre. La santidad pasa por la cruz, por una mirada que cada vez le es más difícil apartarla de ella. Hasta tal punto está el Hijo cercano a nuestro corazón que éste sangra al verlo sufrir así.

De Dios esperamos la compasión hacia nosotros los humanos, que nos debatimos en este valle de lágrimas. El vaimén no es pequeño cuando nosotros, a nuestra vez, ofrecemos a Dios la compasión. Es, estricto sensu, el mundo al revés.

La santidad es el mundo al revés.

Tres días. Has descubierto que estos tres días eran llamados Días Santos con justa razón. El Jueves de la humildad con el lavatorio de pies. El Viernes por la mañana de humillación con la corona y la flagelación. El Viernes por la tarde el extremo sufrimiento. La resurrección al tercer día.

El mundo al revés. Los Días Santos, los días de la santidad. El Hijo tratado como el último de los últimos, y primero en tu corazón, María Eugenia.

El primero en tu corazón, lo has descubierto el último de los últimos en el mundo. No podía sino desear el encuentro allí donde Él estaba; la humildad, la humillación, el sufrimiento. Allí donde viven aquellos a los que amamos, allí queremos vivir.

Ser hermana de la Asunción no es cosa de risa, incluso si es alegre. Cien años más tarde tus hermanas escribirían en su Regla de Vida: "las hermanas contemplan el Cristo, manso, humilde, poseído de todo, en la desnudez suprema de la cruz".

No son palabras complacientes para caer bien: En Ruanda ya no había palabras complacientes, había pasión bruta, sangre entregada, humillación. María Eugenia, tienes hermanas que saben el significado de las palabras.

Sufrimos por los que amamos, es así de sencillo; y amamos al Hijo. Queremos estar junto a los que sufren y que amamos. El Hijo sufre. Lo amamos. Queremos estar a su lado. Es de una sencillez... evangélica.

No amabas el sufrimiento. Como nos pasa a todos. Y justamente porque lo detestas es por lo que quieres estar con Aquel al que amas y que sufre. No puedes abandonarlo, solo, sin compañía.

Vuelvo a tu frase que nos parece escandalosa: "¿Qué es lo que más agrada a Nuestro Señor Jesucristo? No es solamente la humildad, sino también la humillación".

La salvación del mundo se hizo en la humillación del Hijo de Dios. Y no en el orgullo del poder. Eras orgullosa, y descubriste progresivamente que el orgullo te alejaba de Aquél a quien amabas. Decidiste abandonar el orgullo para encontrarse con Él allí donde Él estaba: en la humillación. Hacemos kilómetros para volver a encontrarnos con los que amamos. Los kilómetros no cuentan cuando se ama. Nada cuenta cuando se ama.

"Considerar la Pasión desde el punto de vista de las humillaciones del Salvador". Todo está en una frase: "El Salvador, la humillación y la Pasión".

A los que te leerán así como a los que me lean, quisiera decirles que no pregonen demasiado pronto la locura de tales palabras. No nos gusta la humillación, detestamos el su-

frimiento, pero nos vemos obligados a constatar un hecho innegable a los ojos de nuestra fe: nuestro Dios vino a nuestra tierra en la humildad primero y encontró la humillación y el sufrimiento.

O dejamos de creer que este Jesús es el Hijo de Dios, o admitimos que allí donde Él vivió, allí es donde podemos encontrarle con mayor seguridad. Entonces, el camino se abre.

El manantial está ahí y el río no está lejos. El manantial es la humildad. Vengamos a la humildad, aceptémosla, como Dios vino, en la humildad. Está en nuestro poder de decisión.

No deseemos nada más por el momento. Contentémonos con presentir que entrar en la humildad, en el amor del Hijo, en el proyecto de contribuir a salvar el mundo, nos hará entrar la humillación y el sufrimiento.

¿Cómo no nos llegaría por poco que sea lo que vivió el Hijo? Y ahí es donde el manantial se transforma en río tumultuoso. Al inicio, el manantial, una cualidad que tiene por nombre humildad. Después, el encuentro con la humillación y el sufrimiento a imagen del Hijo. Nosotros la aceptamos, y el río de la santidad nos arrastra.

La santidad no es un conjunto de cualidades perfectas, la ausencia de todo pecado. Consiste en ir a encontrarse con el que amamos en los caminos que fueron los suyos.

De nuevo la Regla de Vida: "Si la humillación y la injusticia se presentan, las hermanas intentan recibir las con serenidad y bondad";

"Si la humillación y la injusticia se presentan". No son palabras complacientes para quedar bien. Y no sólo existen las hermanas asesinadas de Ruanda, sino también el sufrimiento de los días corrientes; las humillaciones involuntariamente recibidas, dolorosamente recibidas.

Preferiríamos todos que ese camino del Hijo hubiera sido diferente. Pero fue lo que fue. El mundo lo quiso así. Nosotros escogemos nuestros compañeros de viaje, no el camino

que el mundo les impone.

Tú escogiste, María Eugenia, y tus hermanas detrás y contigo, y también aquellos que se reconocen hijos e hijas de Dios, Escogiste, escogimos nuestro compañero de viaje: es el Hijo, y se le crucificó. Incluso si el camino no es tranquilo, preferimos seguirlo antes que abandonar al Hijo de Dios.

La Eucaristía no es un rito. Nos deja al borde del abismo. Rotos, por decirlo así. Comprendo al sacerdote que tiembla elevando la hostia y el cáliz. El sufrimiento de Dios sentido como si fuera el sufrimiento de nuestros hijos.

La Piedad no es de mármol para el santo, es de carne y de sangre. Tú eres, nosotros somos, esa madre que recoge el cuerpo de su Hijo y que sepulta sus sufrimientos en su corazón.

La eucaristía es el momento, infinitamente repetido, en el que recordamos el amor y el camino de sufrimiento y de humillación de aquél a quien amamos. Quizá decimos las palabras del sacrificio de labios afuera. A veces poniendo un poco de corazón. Quizá otras, completamente afectados

Tú has encontrado estos movimientos de conmoción. Creo conocerte lo bastante para poder decir que no hubieras podido vivir sin ellos.

## *Viaje Interior (I)*

Hay libros sobre la vida de María Eugenia, especialmente el de Sor Helena María. Hablan de los acontecimientos de su vida, de su personalidad, sus intuiciones.

Yo no he querido, en tres capítulos titulados "Viaje Interior" nada más que señalar algunos puntos para comprender mejor la vida de la fundadora de las Religiosas de la Asunción.

Los caminos que conducen allí donde hay que ir pueden dar incómodos rodeos. Cada uno de nosotros recuerda los angustiosos interrogantes, los decepcionantes caminos sin salida, como también las brechas luminosas que son o que fueron las etapas de su viaje interior.

Los santos no están protegidos de lo que sucede en la vida común de los hombres y de las mujeres del mundo entero. Necesitan, como cada uno de nosotros, encontrar su camino, equivocarse a veces, volver hacia atrás, antes de dejarse absorber por el único ideal que puede satisfacerles.

María Eugenia, incluso si sus fotografías y retratos revelan sin ambigüedad que han pasado cien años desde su muerte, es nuestra contemporánea en humanidad. No es ejemplar porque fuera excepcional sino porque se nos pa-

rece. Conoció las aspiraciones, las exigencias, los renunciamentos que son los nuestros. A partir de este terreno común supo aprender que no era la dueña de su felicidad y que otro podía ofrecerle aquello a lo que no hubiera podido aspirar ella sola.

María Eugenia Milleret, Fundadora de las Religiosas de la Asunción. Religiosas de la Asunción, editora, 17 rue de l'Assomption, 75017 Paris.

### **UN OÍDO ATENTO.**

Las etapas de la primera parte de la vida de María Eugenia pueden parecer contradictorias a primera vista. Pero cada uno de nosotros, cuando mira su pasado, descubre que las contradicciones de su existencia lo han preparado para aquello a lo que estaba llamado.

Vida fácil y poco religiosa de su infancia clausurada con la muerte de su madre y la ruina familiar. Experiencia mística de la primera comunión y trabajo de una inteligencia exigente. Vida mundana en París seguida de una existencia retirada y austera en otra familia. Deseo cada vez más fuerte de servir a Cristo sin saber cómo, disponibilidad para un proyecto que ella no había concebido y que tendrá que hacer suyo.

Para que una vida se abra extensamente algunos cuentan con su propia fuerza y su buena estrella. Otros toman conciencia un día de que son incapaces de ser dueños de sí mismos. Entonces se ponen a la escucha, con oído atento, de lo que es la voluntad de Dios sobre ellos. Voluntad que no se percibe como violenta, sino como el regalo más valioso que pueden recibir.

### **DESCUBRIR UN CAMINO.**

La historia misma de la infancia puede desembocar en vidas muy diferentes. Aquella niña que conoció la existencia dorada de la gran propiedad familiar hubiera podido llegar a

ser una mujer frívola. Cuando hizo la Primera Comunión sin haber recibido una preparación seria, quedó extasiada hasta el punto de escribir que todo, incluso su querida madre, le pareció una "sombra pasajera" cuando recibió a Jesús por primera vez.

Inundada por una experiencia mística fuerte, no estará, sin embargo, libre de la larga letanía de dudas y rechazos de la adolescencia mientras descubrirá el mundo y sus atractivos.

Su padre, muy preocupado por el ambiente de la familia a quien la había confiado después de la muerte de su madre, la sumerge en un ambiente totalmente distinto, hecho de austeridad y de práctica religiosa constante. Pasa de la brillantez de lo superficial a la estrechez conformista. Escribirá que este peligro fue mayor que el precedente, hasta el punto de que "jamás estuvo tan cerca de despreciar el espíritu de Dios, tan imbuida estaba del espíritu del mundo".

Como muchos de nosotros en nuestra infancia, fue rehén de influencias contradictorias, espectadora de una vida que no era verdaderamente la suya puesto que dependía demasiado de los que tenían poder sobre ella.

La vía que utilizó para llegar a ser ella misma fue su inteligencia. Unos se apoyan en una amistad, otros se confían a una guía espiritual. En ella fue "la convicción de su inteligencia". Empezó entonces a conquistar su autonomía, cansada de no saber ser ella misma.

Estudió, escuchó, luchó, leyó. Se puso a rezar. La impresión fue intensa pero breve. Una conferencia del Padre Lacordaire en la catedral de Nôtre-Dame de París, una carta a él dirigida, una breve conversación.

### **ACOGER Y DECIDIR**

Hay un momento, o varios para decir verdad, en la vida de cada uno donde lo que estaba esparcido se reúne. Un momento en el que las dudas llegan a ser hasta tal punto inso-

portables que se está dispuesto a dudar sobre lo que debe ser su propio destino. Todo está preparado para que sea tomada una decisión. Lo que está en juego es crucial pues se trata de uno mismo. El punto de partida de este posible camino es esencial porque se corre el riesgo de orientar profundamente lo que será su personalidad.

A estos momentos, a la vez frágiles y determinantes, está unida la gracia. Jamás falta, aunque se decida ignorarla o rechazarla. El camino de un santo o de una santa, de un hijo de Dios, comienza por la aceptación de esta gracia juzgada eficaz para inundar toda una vida.

Se puede durante toda su vida encontrar normal creer en Dios, y la Francia del siglo XIX opinaba en general así, y no ser verdaderamente cristiano. María Eugenia escribe en esa época: "mi resolución fue llegar a ser seriamente y verdaderamente cristiana". Hay momentos de la vida en los que uno cree que ha perdido demasiado tiempo en aparentar y que es necesario decidir qué se es y qué es lo que uno quiere llegar a ser.

Siempre, la vida de un hijo de Dios es la unión de una voluntad libre que se moviliza o se despierta y de una llamada que resuena en uno mismo. Ninguna iluminación puede durar si no se toma una decisión. Cada hombre y cada mujer se construyen sobre estos dos fundamentos.

## **ENTUSIASMO INTERIOR**

Tomada esta resolución se instala la convicción y con ella, aquella vibración del alma que nace cuando uno sabe que un camino se abre y que es verdaderamente el suyo. En ese momento los interrogantes permanecen pero toman un nuevo giro. Pierden su carácter angustioso y se establecen como una calma y una confianza anhelada en lo que necesariamente va a suceder. Se ignoran los detalles del camino pero se sabe que será hermoso.

En este período en el que se aproxima a sus veinte años, María Eugenia vive intensamente lo que parece un comienzo de primavera cuando la vida se adorna de renovación. Fuerza y fragilidad, equilibrio como milagroso: todavía nada es, pero todo parece posible.

Durante un año se deja llevar por esa ola interior, meditando sus descubrimientos, en su corazón, leyendo el Evangelio, rezando.

Vibra, de manera excepcional para una joven francesa de esa época, ante los grandes debates y las grandes controversias. Admira a las personalidades que se esfuerzan en devolver profundidad y verdad a la fe del país. Manifiesta lo que será su carisma particular legado a la Asunción: la contemplación interior de Dios y la atención al mundo.

Un año en el que todo se decide pero en el que nada preciso está aún decidido. Las intuiciones, la vida interior y los dones se revelan pero su uso no está aún fijado.

## **QUÉ HACER**

María Eugenia empieza por ser, antes de hacer. Es un buen principio. Los hombres y las mujeres si no quieren ser rehenes de los acontecimientos, necesitan construir su vida interior para que ilumine sus acciones.

Encuentra al abate Combalot, personalidad tumultuosa y devoradora. El busca desde hace algún tiempo a una joven para concretar una de sus numerosas intuiciones. Desea fundar una institución consagrada a la educación de las jóvenes.

¿Por qué María Eugenia? Nadie podría decirlo, pues el corazón del abate tiene razones que la razón ignora. Su corazón tiene saltos fulgurantes pero cansados para quienes se le acercan y desearían un poco más de constancia y de buen sentido. Pero es su intuición la que vencerá aunque María Eugenia no vea por el momento que pueda ser la fundadora de esa obra.

## Paz

Los grandes proyectos no son forzosamente dominados desde su origen por quienes los llevarán a cabo. Crear no es obligatoriamente inventar por propia iniciativa, es a veces aceptar, responder "sí" y dar vida a lo que se ha gestado en otra parte.

Cuando cumple veinte años, se prepara a acoger. Busca, como todos, qué hacer para que su impulso interior se encarne allí donde se la espera. Ha decidido que su vida estaría consagrada a Dios, pero ¿dónde ir? Entra como pensionista en las Benedictinas del Santísimo Sacramento. Primer paso, como un filtro, una antecámara para dejar algunos vestidos viejos y adaptarse a otros nuevos.

Segundo filtro, antes de un año aún, en el Convento de la Visitación de la Côte de St. André. Descubrimiento de la vida comunitaria, de la participación y de la alegría. La vida contemplativa es raramente sólo un cara a cara con Dios, es aceptación y deseo de esforzarse junto con sus hermanos y hermanas para caminar juntos hacia el Padre.

Poco a poco, reflexiona sobre el proyecto que el Abate Combalot le ha propuesto y que llega a ser el suyo, madurado en la interioridad de la oración y del estudio. Se prepara para acoger a unas hermanas aún desconocidas que el Abate se dedica por entero a convencer y reunir.

El 30 de abril de 1839, se reúne en París, calle Ferrou, en un pequeñísimo apartamento, con Anastasia Bévier (que llegará a ser Sr. Marie Augustine). Tiene 21 años. La Asunción ha sido fundada solamente con dos hermanas: "cuando dos o tres se reúnen en mi nombre..."

Entregar su vida a Dios y al mundo

debería ser una garantía de paz interior, como una recompensa a la generosidad. Es al menos lo que nosotros quisieramos para que existiera una justicia...

¿Es más difícil la paz para las fundadoras y las superiores? Sí, sin duda, y lo que enseñan se les escapa a veces de las manos a pesar de su deseo. Tu vida, María Eugenia, ha sido una lucha porque has sido combatida y porque has luchado contigo misma.

Se dice que las luchas interiores son a veces más violentas detrás de la clausura. El estilo de vida de tu congregación os hace pertenecer tanto a la clausura como al mundo exterior; me parece que tú has tenido que soportar luchas por un lado y otro.

Hay que leerle bien para comprender alguno de tus desconciertos y no quedarse en lo que deseabas para tus hermanas cuando les escribías: "Un alma siempre fervorosa, fiel, celosa por Dios, un alma que es dueña de ella misma, y donde Dios ha llegado a reinar en la paz, a pesar del ardor de la naturaleza, un alma así está siempre tranquila, ecuánime, sonriente, y comunica verdaderamente a su alrededor calma y paz".

Porque en otros momentos haces otras confesiones: "nada puede persua-

dirme de una unión entre Jesucristo y yo... Me siento como un sacerdote sacrílego que, conociendo la aversión que Dios le tiene, se ve obligado, de cara al exterior, a seguir haciendo todas las acciones santas... Me parece que hablo en nombre de Dios y que no es Dios quien habla en mí; lo llevo en mi hábito, en mi autoridad, en mi apariencia, y no puedo sino llorar si, reflexionando en mi interior, mido el abismo que nos separa".

Y si esto no bastara: "un gran temor de Dios, una incredulidad continua en todo, mucha aridez, muchos sentimientos malos y el espanto que me causan dada mi función. La comunión me cuesta; no se si es culpa mía, pero me siento siempre como no teniendo a Dios o como si estuviera rechazada por Él".

Eres, sin embargo, la misma que decía de su primera comunión que te había hecho entrar en otra vida: "parecía que mis ojos se cerraban a todo lo que habían visto hasta entonces para abrirlos a Aquel que, sólo, era todo para mí".

¿Cómo unir estas dos certezas que llevamos dentro: la de la paz ofrecida por el Padre a sus hijos y a sus hijas, y la de no ser capaz de vivir en paz, en esa paz?

Al lector sorprendido por estos cambios de humor, por esta especie de incoherencia entre lo que se dice y se siente en un día o lo que se confiesa y se llora en otro, yo quisiera decir que hay que aceptar entrar en un misterio interior para comprender lo que sucede en el alma de los que aman a Dios. Las etapas del recorrido son algo difíciles de identificar; son sobre todo penosas de vivir.

El descubrimiento personal del amor personal de Dios hacia cada hombre y cada mujer es siempre un momento extraordinario de paz y de alegría. Ya sea después de la caída de un caballo que deja ciego, detrás de la columna de una catedral, o en una primera comunión, ese momento reviste siempre la manera de actuar de una gracia apacible. Paz y gracia

hacen que la vida cambie de trayectoria suscitan una energía que impulsa a otras opciones.

Al amor recibido no puede responder más que la voluntad de dar su propio amor. La experiencia es tan fuerte que crea una reserva de fidelidad, con frecuencia inagotable, para vivir de ese don año tras año, aun cuando la paz esté ausente, cuando la gracia parezca escapar, cuando únicamente quede la fidelidad, para prolongar la trayectoria.

Tres fuerzas se han unido aparentemente contra tu paz, María Eugenia, hasta el punto que te ha parecido en algunos momentos haberte abandonado. La primera es la responsabilidad, la segunda tu propia exigencia, la tercera se parece mucho a la envidia respecto a ti.

Pasemos rápido sobre esta última: eras mujer, eras inteligente, culta, no te gustaba el conformismo piadoso. Fueron numerosos los que creyeron poder dirigir y utilizar tu carisma según sus propias necesidades que no eran las de tu misión.

Escribo: "pasemos rápido" porque esos sentimientos eran los de algunos y no los tuyos, y aquí, sólo tus sentimientos me interesan. Y es fácil pasar de prisa en un libro, y lo es menos cuando en la vida, esos movimientos hayan sido recurrentes; hacen sufrir siempre a las almas llevadas por un ideal.

Una de las misiones esenciales de los que se creen Iglesia es la de confirmar a sus hermanos en su fe, en su carisma, en su misión. Y es perverso constatar cuan demasiado a menudo, para ti y para otros, las almas piadosas son hábiles para hacer dudar, en hacer llorar, en maltratar.

Pero pasemos sin detenernos.

La segunda fuerza es la responsabilidad. Será necesario describir un día lo que es la vida interior de los que, en la fe, ejercen una responsabilidad importante respecto a muchos. Cuanto más pesada es la carga, más pronta quiere escapar la paz: las obligaciones les dejan poco tiempo a estas personas

para ocuparse de ellas mismas.

La inquietud y el celo desembocan fácilmente en la soledad que nace cuando uno se encuentra con demasiada gente, con demasiadas situaciones diferentes, con un ritmo desenfrenado, Paradójicamente, estar en relación con demasiada gente provoca una soledad más grande que la de los que viven solos.

De la soledad nace la inquietud. Si uno se descuida, la inquietud llega a ser devoradora, pues se vuelve en nuestra contra sin darnos cuenta. Ya no sólo preocupa la misión, ya no se conoce uno mismo, no se explica los sentimientos nuevos que sobrevienen.

La tercera fuerza es la exigencia, Cuanto más se contempla con agudeza y encanto el amor dado por Dios, más pálido y gris parece lo demás. Más insignificante parece la respuesta que se llega a formular. Esta insignificancia que uno se reprocha es un verdadero sufrimiento que dura, incluso si uno se da cuenta un día, que se hizo mal en dejarse atrapar.

Estas dos últimas fuerzas, tu responsabilidad y tu propia exigencia se conjugaron con violencia. Como superiora, te viste en la necesidad de manifestar lo bueno cuando te juzgas bas tú misma comparándote con el bien que percibías: íte sentías tan alejada de lo que habías visto y de lo que enseñabas! Esa distancia es dura de soportar para las almas honestas que se martirizan para castigarse.

¿Qué podría decirte, María Eugenia, ahora que conoces la paz infinita? Sencillamente, lo que tu misma decías cuando habías pasado un poco de tiempo: "soy muy diferente de lo que en otro tiempo fui. No tengo ningún deseo de hablar de mí misma, preferiría hablar menos de mis cosas, para dedicar más tiempo a hablar con Nuestro Señor". Y más tarde: "contemplo a nuestro Señor".

Pasamos demasiado tiempo mirándonos a nosotros mismos, hablándonos a nosotros de nosotros mismos. Nuestra

inquietud ante el Padre es con mucha frecuencia una inquietud ante nosotros mismos: nos juzgamos en relación con la idea que nos hacemos del juicio del Padre sobre nosotros, isin darnos cuenta de que nosotros somos mucho más severos que Él!

El bien no es el amor. El bien es lo que nos gustaría ser. El amor es lo que nos hace ser. El amor está a veces guiado por nuestra altivez, nuestro orgullo. El amor se recibe, disipa nuestras pretensiones, incluso las más dignas.

Perdóname, pero tú eras injusta cuando escribías en plena juventud: "Todo mi interior está en este momento vacío de Dios de tal modo que me espanta".

Te comprendo, pero tú eras injusta. No depende de ti, ni de mí, ni de nadie que Dios esté ausente o presente en nuestra alma. Tu alma no puede estar vacía de Dios ¿lo comprendes? No está en el poder de nadie. Dios está ahí, incansablemente; es tu fe, es nuestra fe. Es su ser mismo vivir en el alma de los que le buscan y quieren amarlo.

Tenías razón, por el contrario, cuando escribías en otro momento: "todo le es posible, y es falsa humildad la que no quiere apoyarse en su fuerza".

Sentí tristeza cuando medí lo que habías sufrido durante un tiempo de tu vida, por causa de tu fe. Si tu fe no hubiera sido tan exigente, no habrías sufrido tanto. Si hubiera sido más abandonada en aquellos momentos, habrías conocido más pronto la paz.

Todo creyente es vulnerable a la tentación de creer que el Padre mira a sus hijos como se miran ellos mismos. Los daños que se derivan de este último obstáculo no son pequeños para la "fe confiada". Nuestra vida está hecha de luchas hasta el momento en que descubrimos que hay luchas artificiales que fabrican nuestro celo y nuestras buenas intenciones.

La fuerza del Padre es como su paz: infinita. Descansar en Él, lo creo contigo, la etapa final de la fe. Descansar en Él,

mirarle. Esperarlo todo de Él, y no de mí, no de nosotros, Verlo actuar en nosotros, mientras descansamos en Él.

El reposo viene después del combate, la paz después de la guerra. Tú eres una luchadora. Me imagino sin esfuerzo la mirada que el Padre te dirigía mientras luchabas, el afecto con el que te cuidaba, su impaciencia cuando deseaba para ti, a quien amaba, aquella paz que, a veces, tarda en llegar, en tanto la ofrecías a tantas hermanas tuyas y la señalabas en tus enseñanzas.

## *Voluntad*

La voluntad de Dios no es una cuestión pequeña, y si es auténtica y precisa, es de tal manera discreta que las almas piadosas pueden tener la tentación de decidir ellas mismas, cuando es Dios quien decide por su boca.

Empleo la expresión “almas piadosas” no por desdén moderno hacia prácticas que serían fácil objeto de burla, sino porque tú misma la has utilizado, expresando una desconfianza sin límite hacia aquellos “piadosos” sacerdotes que no dan la justa medida de la libertad de la fe...

Me hiciste reír, María Eugenia, cuando leí lo que escribiste a una de tus hermanas; “me dice que no es la voluntad de Dios que usted vaya a construir esos nuevos edificios; pero ninguna de ustedes ha estado en el cielo para estar segura de ello”. La réplica es cortante y revela algo distinto a una irritación respecto a un retraso o a una oposición aislada. Uno siente que es toda una tendencia que se estigmatiza aquí: trataste con demasiadas personas que se servían de Dios para fortalecer sus propias opciones o sus comportamientos.

Existe una religión insoportable y tú la encontraste; consiste para algunos defensores celosos, y en provecho propio, en dar una idea de Dios, del amor,

del respeto o el temor que inspiran temor a ciertas personas. Porque detrás de esta llamada al orden dirigida a una de tus hermanas que mostraba su disgusto en dirigir la misión que se le confiaba, está en juego la relación del hombre y de la mujer con Dios. Cuántas veces no hemos dicho: "hágase tu voluntad". No basta querer, hay que saber también hay que saber, y no es fácil.

¿Qué quiere Dios de nosotros? Antes de aceptar, nos gustaría discernir.

Para quien ejerce una responsabilidad sobre otros o para quien busca solamente dirigirse a sí mismo, conocer la voluntad de Dios es un mismo reto, y ni el uno ni el otro acaban jamás de preguntarse si hacen bien.

Tú has gobernado, has amado, has decidido, como muy pocas mujeres de tu época han tenido esa ocasión de decidir, de amar y de gobernar. Y has ejercido por lo tanto, un poder real, tangible. ¿Cómo sabías tú, María Eugenia, que obedecías los designios de Dios y no los tuyos?

No rechazaste el poder de decidir que era el tuyo, y exhortaste a tus hermanas y a los que eran cercanos a ejercerlo por entero, cuando tenían la responsabilidad. A una hermana: "estoy muy contenta de que sea usted la que gobierne y no se deje gobernar". Al Padre d'Alzón, fundador de los Padres de la Asunción: "no concibo una superiora sin influencia y un gobierno sin unidad". A propósito de lo mismo este sentimiento: "no hay bastante autoridad en nuestra casa; el Padre d'Alzón lo dice a veces, y no apoya nunca esa autoridad".

Ya que se tiene el cargo, hay que mandar.

Yo creo que cuanto más se desea la voluntad de Dios, sinceramente y en profundidad, menos se siente uno autorizado para afirmar que se ejerce realmente. Por el contrario, uno se esfuerza por ponerse en un estado de espíritu y de corazon que consiste en desconfiar de sí mismo: "si alguien está necesitado de no apoyarse en sí mismo, son las superioresas.

Ellas necesitan más que los demás ser gobernadas por el Espíritu de Dios, vivir y actuar bajo su influencia". Y también: "Si hay un puesto en el que es necesario alimentar en sí el espíritu y la virtud de la obediencia, es el de superiora".

¿Por qué respecto a los demás como respecto a uno mismo, no se puede afirmar, sin riesgo de equivocarse: esta es la voluntad de Dios?

Porque la voluntad de Dios no se nos manifiesta por numerosas prescripciones, porque el mayor mandamiento de la Ley de Dios designa una adhesión a una persona y no el respeto a un código: "amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu".

La principal voluntad de Dios es la de ser amado, y la segunda es que el prójimo lo sea también. El amor, cualquiera que sea, es arriesgado, pues Dios nos deja encontrar a nosotros mismos las manifestaciones de lo que nos pide con insistencia.

Escribes: "lo haré todo como si todo dependiera de mí, pero, al mismo tiempo lo dejo todo a Dios, sabiendo que no se hará sino lo que Él quiera".

Seguro que hablamos los dos del mismo riesgo. Tenemos la responsabilidad de dar una realidad, un contenido, a los mandamientos de Dios. Tenemos la responsabilidad de hacerlos cumplir. Tomamos el riesgo de intentar conocer su voluntad sobre los demás y sobre nosotros mismos, pero sentimos instintivamente una desconfianza con respecto a nuestro discernimiento.

Caminaamos, pero sentimos la precariedad de nuestro itinerario. Decidimos, pero pedimos al Padre que contraríe nuestra voluntad y nuestra decisión si juzga que se oponen a su plan. Le pedimos que corrija la trayectoria que nos hemos trazado.

Ningún cristiano puede ser propietario ni de la voluntad de Dios ni de su propia decisión, aunque la vea necesaria y al

## *Desprendimiento*

misimo tiempo frágil. Debemos discernir, pero rehusamos ser esclavos de esta decisión transformada en voluntad.

María Eugenia, tú has meditado, larga y frecuentemente sobre la pasión. Compartimos, lo sé, una misma emoción ante esta oración del Hijo: "Padre, si Tú quieres, aleja de mí este cáliz. Sin embargo, que no se haga mi voluntad sino la tuya".

Todo dicho en tres movimientos del alma. "Aleja, si Tú quieres, este cáliz". Primera búsqueda de la voluntad del Padre, "si Tú quieres".

Pero conciencia inmediata de que este "si Tú quieres" no está completo, porque coexiste con este deseo venido del fondo del alma: "aleja de mí este cáliz".

Renuncia, entonces, que se hace total, que acepta ver contrariado el deseo, reafirmación definitiva de la disponibilidad: sin embargo, que no sea mi voluntad, sino la tuya la que se haga.

Nos pasamos la existencia haciendo un balanceo entre estos dos movimientos: el deseo legítimo de que sea lo que creemos que debe ser y la búsqueda del deseo de Dios sobre nosotros. El uno y otro, lejos de coexistir cada uno por su lado, se alimentan mutuamente. No encuentran su síntesis armoniosa sino cuando dejan que se sobreponga el tercer movimiento, que es el de la disponibilidad ofrecida.

"Sin embargo, tu voluntad". A pesar de tu inteligencia, de tu energía, del sentido de tu responsabilidad, con todo ello, has intentado siempre añadir, en lo hondo de tus decisiones, en medio de tus proyectos, ese "sin embargo" que lo cambia todo, Sin embargo, que no se haga nuestra voluntad, sino que se haga la suya.

Donde estás ahora han terminado para ti esos interrogantes. Nosotros procuramos seguirte a medida que aumenta un poco nuestra generosidad.

Crear que Dios existe no basta. Quiero decir: no me basta, como tampoco te bastó a ti, María Eugenia. Cuando se mira de cerca, crear solamente que Dios existe ha sido el drama de tu siglo y del mío.

Hay un abismo entre "crear que" y "crear en". Muchas cosas de las que existen en el mundo no son nada para mí: existen sin duda, pero no me conciernen, no tienen ninguna influencia en mi comportamiento. Creo fácilmente que la tierra es redonda, puesto que tanta gente está de acuerdo en decirlo, pero no me inquieta en absoluto; sigo mi vida sin preocuparme de ello.

Y lo mismo sucede con Dios. Se puede aceptar su existencia como una realidad y avanzar en su propio destino sin preocuparse demasiado. Pero puede suceder que Dios llegue a ser alguien para uno mismo, se nos presenta con un rostro, adquiere una voz. No se contenta con existir, como un "se dice", como una cosa sabida. Existe para quien lo acepta. Se introduce en su existencia, encuentra en ella su lugar, la habita con una presencia innegable.

¿Has observado cómo se aceptan ciertas cosas de personas a las que uno ama, que no se soportarían si vinieran de personas desconocidas? María Eugenia, tie-

nes frases inaceptables para hablar de Dios. Inaceptables para los que se contentan con creer que Dios existe, pero que son una profunda alegría para los que le aman.

“Todo se torna en bien para los que aman a Dios: las culpas, las dificultades, las penas, los enemigos, el demonio, las pruebas, las tentaciones, la salud, la impotencia...”

Dicho de otro modo: lo que nos hace daño, finalmente nos hace un bien. Inaceptable para mi conciencia de hombre de hoy. ¡Inaceptable? No tanto.

He cogido tus textos, María Eugenia, no como textos sino como confianzas que tú me dirigiás hace más de un siglo. Bueno, pues confianza por confianza, acepta las mías: te dicen lo que tú me decías.

Soy como todo el mundo. Conozco la tristeza, pero mis tristezas están bajo la mirada de Dios. Siento la decepción, pero mis decepciones están iluminadas por su luz. Me siento por momentos cansado, pero mis cansancios me hacen titubear acercándome a Él. Dudo con mayor frecuencia a mi vez, pero mis dudas se estrellan contra su certeza.

Ni estoy protegido, ni soy inalcanzable, no soy ni mejor ni peor, pero estoy con Él. Mi apacible calma está en Él, mi enfado está con Él. Mi fuerza y mis debilidades, mis incomprendiones y mis visiones. Mis exasperaciones y mi amor, mi fidelidad y mis cobardías. Estoy en Él.

No pierdo nada de mi libertad y ésta me pesa a veces. Me entrego y me recupero de nuevo, conozco lo mejor y lo peor. Nada de esto es capaz de quitarme lo que me pertenece como favor individual: soy su hijo, he nacido de Él, en Él, para Él.

Me alejo con frecuencia de Él, pero es de Él de quien me alejo. Él permanece como punto de referencia de mi desplazamiento.

No desaparece, soy yo quien me aparto. Él permanece como quien es, incluso si me separo de Él. Quiero decir que no se

ha ocultado, que siempre me situó con referencia a Él, incluso al alejarme de Él.

Esta gracia individual es también la tuya, María Eugenia. Es la de todo hombre y toda mujer de todos los tiempos.

Tú dejaste a tus hermanas un texto que aman de una manera especial y cuyo título merece explicaciones: “Del desprendimiento alegre de las cosas terrenales”.

Somos de la tierra y nuestras “cosas terrenales” están muy entremezcladas: tristeza, alegría, desgracia, felicidad, generosidad, dobleces, amor, odio, paz, guerra...

La física y la astronomía nos han enseñado que la Tierra estaba rodeada por el cielo, que el universo no giraba alrededor de la tierra sino que ésta giraba alrededor de la luz del sol.

Lo que es verdadero en física lo es también en los dominios del alma. Nuestra alma no es el centro del mundo, no es el final y el comienzo de todo. Gira con relación a un centro de gravedad: su sol es la luz de la mirada de Dios, el cielo que la envuelve es el amor del Padre.

A la humanidad le costó aceptar lo que decía Galileo: ella no era el centro del mundo, dependía de otros. Nosotros tenemos dificultades para comprender que no somos el centro de nosotros mismos. Nuestro equilibrio necesita de otros.

Necesitamos desprendernos de la atracción terrenal. Estamos llamados, para conocer la alegría, a no hacer de las cosas terrenales el principio y el fin de nuestra existencia.

Existe algo más que nosotros, que nuestros sentimientos y nuestros rechazos, nuestras ambiciones y nuestras decepciones, nuestras tristezas y nuestras obligaciones. Hay algo más que todo esto. Existe todo esto ciertamente, y no se trata de negarlo, pero existe algo más.

Dices en este texto: “yo no estoy hecha para la tierra”. La atracción terrenal no puede tener la última palabra según tú. No lo debe. No la tiene.

Crear en Dios es creer que las cosas terrenales no tienen la última palabra. Es completamente diferente de creer solamente que Dios existe, allá, bastante lejos, en un mundo diferente. Creer en Dios es subir un piso, salir de la planta baja que es el único nivel de las cosas de la tierra.

“¿Por qué no tener un desprendimiento gozoso? Puesto que Dios es un Padre, tengamos confianza en Él, subamos hacia Él que es la bondad infinita y cuya misericordia sobrepasa la justicia”.

Elevarnos hacia la bondad infinita. Preferir el infinito a lo finito contra cuyos muros nos pasamos el tiempo chocando con violencia. Esos tropiezos que nos hacen daño. Librarnos del cerco de los muros que quieren guardarnos encerrados en lo finito.

Subir hacia el infinito. Desprendernos de la atracción terrenal. Negarnos a pensar que la tierra es el final de todo, nuestro final implacable.

Elevarnos hacia la bondad. Subir al principio sólo un poco para verla mejor, descubrirla. Dejarse atraer por ella. Librarse de ese sentimiento que tenemos con demasiada frecuencia, esa creencia según la cual “las faltas, las dificultades, los sufrimientos, los enemigos el demonio, las pruebas, las tentaciones, la salud, las impotencias” tienen la última palabra.

Empezar por vivir todas estas “cosas terrenales” en Él, bajo su mirada. Aceptar que estas cosas se hallen rodeadas de un cielo, que no lo son todo en el mundo. Creer que la alegría existe en la tristeza, porque, cuando estamos tristes en la tierra, podemos estar alegres al mismo tiempo en Dios.

Estamos alegres porque estamos en Él. La tristeza irremediable, definitiva, desesperante, sería vivir la tristeza de la tierra sin que existiera el amor del Padre, sin que su mirada de amor nos envolviera.

Lo horrible sería que las tristezas de la tierra fueran el único horizonte, el horizonte limitado de la tierra. Lo desespe-

rante sería que nosotros no viviéramos más que a ras de suelo, sin creer que hay un piso más arriba. El piso de la infinita bondad.

Crear que Dios existe es creer que este piso superior sólo es alcanzable después de la muerte. Creer en Dios es creer que ese piso está abierto desde ahora.

Las cosas terrenales no son la regla de la tierra. Las reglas impuestas a nuestra vida hasta la muerte. Unas reglas que no cederían hasta después de nuestra muerte.

María Eugenia, creer en Dios es creer que uno puede desprenderse con gozo de las cosas terrenales.

## *Ternura*

Aunque tuviera que enemistarme con la mitad del planeta, me veo obligado a constatar que la amistad, la ternura, la solidaridad están más presentes y son más palpables en los grupos femeninos que en los que se reúnen hombres.

Lo que me parece cierto para el conjunto del género humano está ampliamente confirmado en la Iglesia, si exceptuamos las comunidades monásticas donde las diferencias son menos llamativas.

Me gusta, María Eugenia, la ternura que revelan tus cartas a tus hermanas. Me gusta, Cristina, y vosotras, mis hermanas de la Asunción, el afecto que, espontáneamente nace de los encuentros.

No se trata de un homenaje que busco rendir aquí. Va mucho más lejos. Estoy diciendo que había entre vosotras, María Eugenia, que hay hoy en la Asunción, una manera de ser Iglesia que me parece iluminadora.

Los hombres están con frecuencia preocupados por la verdad, tan preocupados que hacen gustosamente la guerra por ella. Las mujeres tienen la misma preocupación, pero, para ellas, la verdad está también en el comportamiento; y la guerra no es un comportamiento de la verdad.

Los hombres tienen un camino que seguir, miran los obstáculos que se les oponen o los detienen, y los hacen caer a cualquier precio. Las mujeres miran el camino pero también el paisaje que lo rodea; es tan importante para ellas como el destino.

María Eugenia, tenías corazón y no tenías miedo de mostrar tu ternura: “os puedo asegurar que mi corazón es ante todo un corazón de madre”, “mi corazón se siente a gusto con usted”.

Te gustaba escribir, ya lo dije, y son pocos los que lo han leído todo. Escribías largamente con frecuencia a tus hermanas, a veces eras más corta.

Todas tenían derecho a tu afecto que no pesaba, Respondías un día a tu “doble”, Thérèse-Emmanuel: “por fin una larga carta de su feménina y un poco perezosa majestad”.

Ternura fortificante en algunos momentos: “hizo con buena intención la más considerable de las tonterías”. Humor particular también: “he enviado a Madame A. con un paquete para usted del que me gustaría ignorase el contenido. He ce-rrado por eso el precinto. Son pirulís”.

¿Por qué ese rodeo con sencillas frases de afecto, algunas pequeñas bromas, una franqueza que vale más que los dimes y diretes? Porque me parece que necesitamos volver a encontrar aquella espontaneidad de sentimientos en el interior de la familia de los creyentes.

Sin que esto sea una generalidad, hay que confesar que comenzamos en la Iglesia, justo desde hace unos veinte años a querer recobrar unas relaciones más o menos normales entre sacerdotes, “laicos” y religiosos.

No digo que no hubiera amistad, respeto o ayuda mutua anteriormente, sino sencillamente que cada uno se había atribuido un papel y que todo el mundo estaba de acuerdo en que permaneciera cada uno en su función y el rebaño estaría bien guardado. El problema es que por fuerza, el rebaño ha

disminuido en número.

Hay en la Asunción un ambiente muy diferente y una muy diferente convicción: la amistad se ofrece, no se da al final de un largo aprendizaje. Ni siquiera es una obligación en nombre de un mandato, es la expresión de uno mismo, testimonio de una vida interior.

El Reino está ya entre nosotros: es posible vivirlo como tal. La felicidad no es solamente para el cielo. La Iglesia debe ser un lugar privilegiado para vivirla. La Iglesia no es una empresa de salvación para más adelante, es un anticipo pues ha recibido ese don.

La terminología generalmente no se equivoca. Cuando, en otras épocas, se quiso manifestar lo que debían ser los sentimientos que unieran a las religiosas o a los religiosos, se inventó una bonita palabra: hermano, hermana. Llegar a ser hermano o hermana en nombre de un mismo Padre, el regalo es hermoso.

El tiempo pasó, estas dos sencillas palabras que designaban afecto se transformaron progresivamente en “títulos” con todo lo que esto pone de manifiesto de distancia instalada, de cortesía burguesa. Ya no se era hermano o hermana, sino se llegó a ser Mi Hermano, Mi Hermana. Y, a fuerza de decir Mi Hermana, se está muy cerca de no ser en absoluto hermano.

Estas sutilezas del lenguaje son mías, pero suenan de la misma manera, como una preocupación siempre presente, y desde largo tiempo, en la Asunción, que consiste en querer estar rodeado de Amigos: Las Hermanas y los Amigos de la Asunción. No sólo Amigos para ayudar, apoyar, encargarse de algunas tareas más en relación con sus competencias, sino Amigos, ante todo, para la amistad.

Como es natural, cada uno tiene sus estilo de vida, sus obligaciones y sus compromisos, y esto se traduce siempre en unos términos para mí cada vez menos soportables: “reli-

## *Viaje Interior (2)*

giosas" por un lado, "laicos" por otro. Insopportables porque soy, sin duda alguna, un "laico"? Me impide esto ser religioso? No religioso como una función, sino sencillamente como la expresión de mi alma de hijo de Dios que quiere alabar a su Padre.

Desde hace mucho tiempo, os llamo hermanas sin ponerle mayúscula cuando hablo de vosotras, porque no sois para mi Hermanas por función, sino que sois mis hermanas que lleváis el hábito de la Asunción. Hijos e Hijas del mismo Padre, somos por obligación hermanos y hermanas, pero lo somos también por el sencillo honor de serlo.

¿Os diré mi íntima convicción a este respecto? Me gusta ser de la Asunción porque ahí, con vosotras, sé que formamos verdaderamente la Iglesia. En cierta manera, reformamos la Iglesia dándole, allí donde estemos, su verdadero rostro por la gracia del Padre: el de la ternura compartida.

La libertad en la expresión, María Eugenia, no se ha extinguido contigo. La ternura del corazón no desapareció cuando el tuyo dejó de latir. El respeto que inspirabas sigue siendo compartido.

No han faltado crisis durante tu vida ni después de tu muerte, pero no me sorprendería si no distinguieras, desde allí donde estás hoy, cuál es el destino de tu Asunción: trabajar para devolver a la Iglesia de este nuevo siglo su aspecto original hecho de ternura y de libertad compartida.

Perdona a un "laico" mezclarse en lo que no le concierne. Considera la buena voluntad de un Amigo de la Asunción. Acepta hermanos como has suscitado hermanas.

Hecha la fundación, incluso modesta, faltaba vivirla. El fin de la Congregación es la educación de las jóvenes de clase acomodada. Ambientes cuyo desahogo cubre de respetabilidad el vacío interior de una cierta clase social del siglo XIX.

### **EL DERECHO A REZAR**

En 1839, no hay ninguna joven para educarse. No existe entonces esta clase de obra, sino solamente para vivir como religiosa, para formarse. El oficio de las horas es para las monjas de clausura. Esto aterra un poco a las autoridades religiosas que comprenden mal que se pueda tener a la vez una vocación activa de apostolado y una vida de oración intensa, vida contemplativa sustentada por el silencio, los oficios y la adoración. Estas autoridades piensan que es preciso disminuir el ritmo de la oración para salvaguardar el equilibrio de la congregación.

Estas nuevas religiosas son muy jóvenes. La fundadora, que no es superiora todavía, tiene veintidós años: hay que proteger a esta juventud de sus desatinados entusiasmos.

Es extraño constatar que una de las primeras luchas de la joven comunidad será obtener el derecho de rezar...

Esa inquietud permanecerá un cierto tiempo, y María Eugenia tendrá que defender, a veces secamente, ese derecho: "Nuestra vocación, Monseñor, es para nosotras sobre todo, unir la oración y la acción".

"Nuestra vocación, para nosotras"... Dejados vivir...

Ya son cuatro, después seis, rezan el oficio. Ahí es donde se fundamenta todo, incluso si es desatinado. También estudian. Y hacen el trabajo material. Se levantan a las cuatro de la mañana...

Reciben visitas. Parece increíble: se ve pasar a Chateaubriand, a Madame Récamier, y a Ozanan, y a Montalambert. A pesar de todo, es un poco sorprendente este importante mundo que viene así. Será una de las características de la Congregación, la de tener amigos por todas partes, estar rodeadas, sostenidas, tanto por gente que se beneficiaba de una cierta celebridad como por otras personas que son de vida más sencilla que los primeros.

María Eugenia es elegida Superiora en 1841. Lo será hasta su muerte, aún cuando será, cuatro años antes de ésta, liberada del peso de la dirección de la congregación por una "Vicaria General".

Tiene veinticuatro años, se da cuenta que la inestabilidad crónica del inspirador, el abate Combalot, las conduce al desastre. El Arzobispo de París se da cuenta del mismo peligro y nombra un superior en el lugar del abate Combalot. Éste rehúsa someterse y, para no tener que hacerlo, pide a la joven comunidad que se vaya con él a Bretaña.

María Eugenia y sus hermanas rehúsan; el abate Combalot se marcha.

Creo que hay momentos en los que nos separamos de algo y que son fundadores o, a la inversa, fundaciones que fuerzan a esas dolorosas separaciones. Nada grande se realiza sin que en un momento o en otro haya ruptura. Ruptura con un mundo, ruptura con un estilo de vida, ruptura con una fami-

lia o unos maestros. Ruptura con un confort interior.

Fundar algo nuevo, es no contentarse con lo antiguo. Lo antiguo contenta a demasiadas personas, pues en la costumbre reside el confort. A la gente no le gusta que se turbe su costumbre o su confort.

Fundar en el dominio religioso es reconocerse instrumento de otra voluntad: tenemos que aceptar que no se es dueño de nada, ni de la propia intuición, ni de su éxito, ni de sus esperanzas. Es de una pobreza absoluta.

El abate Combalot se da cuenta entonces de que es rechazado, esa pobreza de ser desposeído. María Eugenia conoce la pobreza por haber tenido que decidir contra el que ha sido el fundador, desposeerle en cierta manera, y encontrarse sin guía: "lloro como un niño". Ella es un niño que se carga con el peso de personas mayores.

## NINGUNA PROBABILIDAD DE ÉXITO

La carga es pesada en aquellos meses: hay pocas postulantes para reforzar el grupo. Las autoridades religiosas se inquietan, proponen renunciar a la fundación y "recolocar" (no encuentro otras palabras) a las jóvenes hermanas extraviadas, en otras congregaciones. María Eugenia defiende el proyecto que no era suyo, pero que hizo suyo.

Ella afirma su vocación y hace meditar a los oficiales algunas verdades bastante aceptadas: "los hombres (de un cierto ambiente) no entran en las iglesias, las mujeres van a las dos, por la gente y los arreglos... ¿Qué se hará para remediar esto?"

Me pregunto con regocijo como tales declaraciones fueron recibidas por los hombres, los clérigos, o los oficiales de la vida religiosa de la época.

Como, desde luego, a esta mujer joven no le falta temperamento, acaba su carta con dos anotaciones, una bastante impropia en el fondo aunque respetuosa en la forma, la otra increíblemente pertinente desde el punto de vista de la

hace la oscuración de María Eugenia. La dejan continuar.

Las primeras alumnas llegan al comienzo del curso 1842. Estableció para ellas unos principios de enseñanza, ella que, para aprender, conoció más el divagar inspirado, que principios establecidos.

Dirige a sus hermanas espiritualmente, materialmente, maternalmente. Es sin duda en esos momentos en los que de una vez por todas se instala ese espíritu propio de las hermanas de la Asunción: gracia tonificadora, ternura, afecto; amar al prójimo no es algo desencarnado.

### **APÓSTOLES NO, HOMBRES.**

María Eugenia continúa infundiendo un poco de temor a algunos. Hay que decir que el clericalismo extendido en aquella época parece asustarse fácilmente. Descubre lo que cada uno tiene que descubrir un día: la Iglesia es, felizmente, ampliamente, mucho más que la suma de las personas que pertenecen a ella.

Escribe: "a los miembros de esta Iglesia, yo no los conocía, soñaba con encontrar en ellos apóstoles, y no encontraría más que hombres"

Leyéndola, se da uno cuenta de que la lucha era bastante

de crisis que uno espera constatar alrededor de los cuarenta años y que ella conoce antes de los treinta. Crisis de alguna manera inevitable cuando la intuición interior parece oponerse a un ambiente razonable, cuando uno no se quiere enganar a sí mismo y se rechazan las componendas de una religión cuya tibieza revela el conformismo y la falta de perspectiva.

Crisis, pero profesión perpetua a los 27 años. Los votos son clásicos. Si se puede decir clásicos cuando uno mide su peso: pobreza, castidad, obediencia. Ella añade un cuarto voto: "consagrar mi vida a la extensión del Reino de Dios".

El internado crece. Lo quiere pobre. El Padre d'Alzon le dice: "un internado demasiado pobre ahuyenta a los padres de alumnas". Ella replica: "un internado suntuoso degenera pronto en un hotel de lujo".

El éxito se confirma y asombra. Algunas perlas lo atestiguan, son dichas en el momento mismo o después de la muerte de María Eugenia: "vuestra madre tenía verdaderamente una cabeza de hombre, y todas sus apreciaciones eran verdaderamente luminosas", o incluso: "nos harían falta tres o cuatro hombres como esta mujer". Las palabras positivas toman a veces giros extraños.

## *Importancia*

La congregación se desarrolla también. Después de un deseo de fundar en China se procede en 1849 a una fundación en El Cabo que no tendrá buen resultado: a la petición del arzobispado, María Eugenia se decide a cerrar la fundación demasiado lejana tres años más tarde, la superiora local se negará a ello. El mismo año, se funda una casa en Inglaterra. Más tarde habrá otras casas en Francia.

En dos palabras y dicho trivialmente, es el éxito. El éxito a los ojos de los observadores. No creo que sea el éxito a los ojos de María Eugenia. No hay éxito para esta clase de almas; no miran con los mismos ojos, no calculan con las mismas unidades de medida. Hay demasiada distancia entre lo que querrían ofrecer a su Dios y la inevitable imperfección de lo que se realiza.

Pío IX en 1856, da una primera aprobación de los estatutos de la congregación. Es un reconocimiento oficial. Una gran alegría.

La familia de la Asunción seguirá creciendo durante toda la vida de María Eugenia, en el seno de la cuna de su origen y también en las cunas primas: los Padres de la Asunción, y más tarde, las Oblatas de la Asunción, las Hermanitas de la Asunción.

Si el dinamismo asombra, no resulta incomprensible. Al menos por parte de María Eugenia. Hay que resistirse a una petición entusiasta del Padre d'Alzón que consiste nada menos que en reunir fondos para comprar la Iglesia del "sepulcro" de la Santísima Virgen en Jerusalén. Pertenecer a la Asunción, respetuoso de la ortodoxia dogmática como lo era el Padre d'Alzón, y concebir tal proyecto no deja de sorprender al observador más benévolo.

Hay algo más importante: doscientas hermanas mueren durante la epidemia de tuberculosis. María Eugenia acompaña a muchas en los últimos momentos. Es su verdadera madre, y el lugar de las madres es estar al pie de las cruces.

Nosotros no tenemos por lo general una idea elevada de nosotros mismos; conocemos demasiado nuestros recovecos para juzgarnos con indulgencia.

Tú María Eugenia, que puedes ser bastante dura cuando escribes, sabes decir también lo que consuela o, mejor dicho, lo que eleva: "quisiera que dieras importancia a vuestra vida natural, una parte de la importancia con la que Dios la honra. Digo: una parte, pues no hay una sola criatura, incluso entre los santos, que haya dado a su existencia tanta importancia".

Somos importantes, dices, y a los ojos del Padre esta importancia nos confiere una dignidad de la que a veces no nos dado cuenta, y que a veces no aceptamos.

Añades: "todos los instantes de vuestra vida son preciosos a sus ojos". Os lo decía al principio de este libro: rezamos, tú y yo y muchos otros, de la misma manera. Hacemos que nuestras oraciones suban en la misma dirección, a la misma altura.

Ese Padre, para el que todos los instantes de nuestra vida tienen mayor importancia que la que nosotros les damos, es el mismo Dios al que amamos tú y yo. Curiosamente, en tu siglo como en el mío, ha caído en el olvido lo que

es el corazón de ese Dios. Se ha querido hacer de él un monarca receloso, de corazón avariento y pródigo en castigos.

En los momentos más sombríos, esos en los que el hombre se decepciona, el mundo lo decepciona, los amistades lo decepcionan, le es dado al que se reconoce hijo del Padre el crear con confianza, que al menos hay alguien a quien no repele ni su aridez, su impotencia o su fracaso. Ese alguien es Dios, el santo de los santos, el creador todopoderoso.

Compartimos esa convicción, María Eugenia, pero tú me has impulsado a ir más allá. Me has dado la idea de esforzarme en dar un salto en lo desconocido del que no tenía ni idea. Mirar al mundo, mirar a aquellos que me rodean, mirarme a mí mismo con la mirada más cercana a lo que puedo imaginar ser la mirada del Padre sobre el mundo, sobre los que me rodean, sobre mí mismo.

Y no mirar solamente el rostro del Padre inclinado sobre mí, Sino mirar cada vez más con la mirada del Padre. Ser como el relevo de su mirada sobre el mundo, Como la correa de transmisión de su afecto hacia aquellos que no perciben aún su mirada.

En efecto, ¿cómo los que no tienen idea de esa mirada podrían percibir el calor, si los que se declaran cristianos no intentan mirar como Él mira?

Dios nos mira y Dios mira a través de nosotros mismos. Nosotros intentamos mirar a Dios. ¿Pueden verlo los que nos rodean a través de nosotros?

“Dios tiene una mirada constante, continua, sobre cada uno de nosotros”. Me gustaría tener algo de esa mirada y llevarla sobre el mundo que me rodea.

Mirada que ve ante todo, y que se impide a sí misma deslizarla sobre aquel con el que se cruza. Mirada luego acogedora, que se deja sentir. Mirada que da calor cuando la vida es fría. Mirada que brilla cuando la alegría se comparte. Mirada que llora cuando sólo hay lágrimas que ofrecer.

Me imagino que a fuerza de querer ser una “mirada constante” me será dado mirar un poco como Dios nos mira. Como hemos constatado juntos, que nos miraba.

Yo creo, como tú, María Eugenia, que el hombre es sagrado en razón de “la suma de sus emociones, pensamientos, sufrimientos y gozos”. El hombre es sagrado porque vive, y que vivir es una emoción permanente, una tentativa perpetua que no deja reposo, a veces una pena profunda y una poderosa alegría.

El hombre es sagrado porque existe. Y lo es por su origen que está en Dios. Lo es porque es mirado por el Padre. Tu teología, más segura que la mía, ¿aceptaría decir conmigo que la mirada de Dios es como un sacramento para aquél en quien se posa?

Sacramento, acto sagrado. No hay acto de Dios que no sea sagrado, ¿verdad? La mirada de Dios nos consagra como esa mirada del padre que tiende los brazos a su hijo que vuelve después de haberlo probado todo, dilapidado todo, intentado vivir solamente por sí mismo, no fiándose más que en sus propios recursos

¿Podría yo aprender, aunque fuera poco, a mirar como nuestro Padre nos mira? Mirada que devolvería al que lo ha olvidado, la certeza de que él es sagrado. Sagrado para mí, que no es lo más importante. Sagrado sobre todo para Dios. Sagrado para sí mismo, lo que es necesario para seguir viviendo.

¿Cómo mirabas tú el mundo, María Eugenia? ¿cómo mirarías a tus hermanas? Es la mirada la que hace crecer, mucho más que las palabras o los escritos.

Dejar el tiempo a la mirada cuando todo se cruza tan deprisa. Dejarme mirar por el Padre; devolverle esa mirada. Dejarme atravesar por su mirada para que mire más allá que yo, para que se refleje en mí.

Las palabras son extrañas: “si los hombre pueden emocionarse hasta llegar a las lágrimas a la vista de los sufrimientos

## *Buscarse uno mismo*

de otra criatura, ¿cómo no sería así para Dios que es nuestro Padre y nuestro Creador y que nos sigue a cada uno con mucho más amor?”.

Nos sigue a cada uno. Seguir esa mirada. La vida de Dios concentrándose en un acto increíble: nos sigue con la mirada. Cada hombre y cada mujer seguidos por la mirada de su Padre. Nos sigue con la mirada cuando partimos, cuando nos alejamos, cuando buscamos, cuando regresamos.

Prodigiosa mirada. Tan ligera para no imponerse a quien no la quiere. Tan luminosa y tan cálida para quien la acepta, por alejado que esté, por muy extraviado que pueda estar.

“No es necesario para atraer su mirada y su amor que la criatura esté dotada de belleza, de grandeza, de inteligencia...” No necesitamos hacer nada para atraer su mirada, para ser importante ante sus ojos.

Dices bien, María Eugenia. “No tenemos necesidad de atraer su mirada”. Nuestra necesidad es muy diferente: es la de dejarnos atraer por su mirada.

Mirada del Padre recibida por sus hijos. Mirada del Padre que atrae a sus hijos. Eso ha sido tu vida, ¿verdad?

Nos gustan la larga persecución de algo, las búsquedas sin descanso, esa energía consumida en buscarnos a nosotros mismos, en querernos según nuestros sueños. Es nuestro derecho, creo yo. El deseo nos empuja hacia delante: deseo de situarse, deseo de brillar, deseo de confort, deseo de certezas, deseo de ser reconocido, deseo de poder, de riqueza...

Son deseos legítimos, si no destruyen a los que encontramos en nuestros caminos, si no se realizan en detrimento del otro.

Pero la búsqueda de uno mismo, ¿puede alcanzarse? ¿hay un final que nos llene de satisfacción? ¿o nos vemos continuamente empujados más allá, por no habernos encontrado verdaderamente a nosotros mismos, o sencillamente porque nos decepcionamos al vernos como nos hemos descubierto?

Te gustaron los aniversarios; eran para ti ocasiones de medir el camino recorrido, de tomar otras orientaciones, de colocar hitos en tu itinerario. Era el día de tus treinta y tres años, y dijiste esta sabrosa frase: “tengo bien clara la idea de que habiendo empleado treinta y tres años en buscarme a mí misma, querría por fin unirte a la muerte de Jesucristo para llegar a renunciar-me”.

Seis años más tarde en el mismo orden de ideas escribirás: “¿por qué no iría yo ahora por los caminos de la santidad?”

En paráfrasis familiar se podría decir: ya es tiempo de pasar a las cosas serias.

¿Qué buscabas, María Eugenia, durante esos años? Eras religiosa, superiora, comprometida por tus votos. Conocías la práctica de la oración, los oficios regulares, la adoración prolongada. Uno podría imaginarse que estabas por lo tanto al abrigo de esa tentación de querer buscarte, que no tenías desde hacía mucho tiempo más que la preocupación de tu Dios.

Se hubiera podido uno imaginar eso, pero los dos bien sabemos que la realidad del alma del creyente no tiene nada que ver con la bonita historia que se encuentra en los relatos hagiográficos.

En el corazón de quienes se reconocen hijos e hijas de Dios se libra siempre un combate que se parece mucho a una lucha por un espacio vital. ¿Qué lugar se deja a la preocupación que uno tiene de Dios y qué lugar a la preocupación que se tiene de uno mismo?

Por más que se decida dar la prioridad a Dios, uno descubre que jamás se establece esta decisión de una vez por todas, que hay que volver sobre ella, reavivarla, o sencillamente mantenerla presente en el espíritu cuando tantas otras preocupaciones se unen para hacernos ir por otra camino.

María Eugenia, yo he creído adivinar que abrigaste el mismo sentimiento que yo: soy un decepcionado de mí mismo. Creo que tú has sido una decepcionada de ti misma. Esta decepción que te llegó como me llegó a mí, es esencial en la vida de una mujer o de un hombre. Ya conduzca al desespero o a una triste resignación, abre caminos de los que no se tenía idea antes.

Cada hombre y cada mujer tienen que descubrir que no son suficientes, que no se bastan a sí mismos.

El hombre y la mujer que comienzan a no ser suficientes por ellos mismos emprenden un largo viaje. Son conducidos por lo que no sé denominar mejor que una visión. ¿Visión? Más bien la sensación de que no podemos comprenderlo todo, ni probarlo todo, que lo que podemos comprender y gustar no es suficiente y que tenemos razón en no contentarnos. Aquel que acepta no contentarse de sí mismo, de su vida, del mundo que le rodea, incluso en lo que tiene de más hermoso, se da una oportunidad de maravillarse por un sentimiento de un “más allá”.

Siendo joven, te maravillaste de ese más allá, pero descubre que ese maravillarse es frágil en sus comienzos, Como tú, yo he constatado que ese maravillarse de un más allá tiene esto de terrible, que no es duradero por sí mismo, pero que al mismo tiempo estimula suficientemente nuestro deseo para que llame sin tregua a la comparación con lo que es nuestra vida de todos los días.

Una vez que se han entrevisto otros paisajes, el hambre se aguza, el deseo se tensa. El alma cesa de contentarse con su somnolencia, esa somnolencia del alma que viene de que el cuerpo y el espíritu conocen una agitación perpetua.

Yo creo que cada hombre y cada mujer pueden ser visitados por lo que yo llamo un ángel, por falta de poder nombrarlo mejor. El ángel tiene por misión revelar al que o a la que visita que hay un más allá, que la búsqueda de sí mismo es inútil, que sólo la búsqueda de ese algo más puede satisfacer el alma ávida de felicidad.

El ángel comienza siempre por abrir una grieta en el telón de nuestra suficiencia y por esa grieta llega una luz. La grieta se hace desgarrón por poco que el alma lo consienta. Y por ese desgarrón, el cielo comienza a aspirar ese alma que ya no puede contentarse de sí misma. La búsqueda comienza entonces.

Tú has conocido esto: tu personalidad permanecerá como era, y tu energía y tu inteligencia necesitaban ocuparse en

hacer y en crear. Hacer y crear para el servicio de Dios, lo que está bien, pero que era aún inferior a lo que habías descubierto por el desgarrón que el ángel hizo en tu alma.

Tu alma conoció la carencia, se había acabado el bastarte a ti misma. Tus proyectos te ocupaban, pero, ni siquiera ellos podían colmar tu espera. Esta espera se hizo más exigente a lo largo de tu existencia. Trabajar para Dios estaba bien, pero era vivir con Él lo que tú querías, y eso es muy diferente.

María Eugenia, conociste obligatoriamente el destierro del corazón, porque no aceptaste sanar de esa visión fugitiva y nunca segura de ese siempre "más allá" que el desgarrón que tu alma había dejado entrar en ti...

Hiciste lo que tenías que hacer, pero incluso eso no bastaba.

En la misma confesión de tus treinta y tres años, dices: "quisiera fijar mi morada en el amor de Dios".

Una comparación muy laica me viene a la mente; no es más que una comparación con la única ambición de alcanzar una realidad espiritual difícil de comprender. En la vida de un hombre y de una mujer, existen la vida exterior y la vida interior. El trabajo constituye la vida exterior. La vida interior es la que se desarrolla al interior de la casa, en su casa, en el lugar donde vive. Con mucha frecuencia se tiene el sentimiento de actuar fuera, mientras que uno no se siente verdaderamente uno mismo más que dentro.

Incluso una religiosa como tú, María Eugenia, y nosotros todos que intentamos vivir según lo que creemos, corremos el riesgo de actuar con gran celo como si se tratara de un trabajo exterior. Trabajaste sin ahorrar esfuerzos, para mayor gloria de Dios que dirían otros religiosos. Pero tú querías más: querías "fijar tu morada en el amor de Dios".

El amor de Dios como morada, único lugar donde podías sentarte plenamente tú misma. Lugar reservado a la intimidad. Más allá de la búsqueda fuera, existe la morada donde uno sabe que debe vivir.

Búsqueda de sí mismo que desengaña. Trabajo para el Reino de Dios que fatiga. Todo esto tiene su legitimidad. Pero tú, como yo, como muchos otros, queremos más. Queremos habitar donde nos encontramos verdaderamente en nuestra casa; en la relación de amor tramada por el Padre. Nuestra morada común, suya y nuestra.

## *Imitar*

Nadie conoce al Padre si no es el Hijo, y aquél a quien el Hijo quiere revelarlo, dice Mateo; y Juan añade: "Nadie viene al Padre más que por mí".

Me parece, María Eugenia, que estos dos versículos del Evangelio te han seguido toda tu vida. Haces de ellos una interpretación que revela tu espíritu práctico. Mística lo eres, pero no en el registro etéreo, Concretamente mística, con una cierta desconfianza hacia los entusiasmos que se deberían más bien a la excitación de la imaginación y de la afectividad que a la acción.

"Para llegar a la unión, es absolutamente necesario empezar por la imitación". La unión con el Padre, con el Hijo, por la imitación del Hijo. "Hay que penetrarse del Santo Evangelio, de los pensamientos de Nuestro Señor, de sus palabras, de sus actos; reproducirlos lo más que se pueda en toda nuestra conducta".

Esta imitación de Jesucristo te aparece como el único medio de unirte a Él y a su Padre, de unirte a ellos. Juan cita las palabras de Cristo: "Yo soy el camino".

Dios encarnado, el Hijo llegado al mundo de los hombres, a su historia, para revelarles quien es Dios, para ofrecerse como el camino que lleva a Dios.

El Hijo entregado en la Eucaristía; cada día entregado al mundo de los hombres, puesto a disposición siempre que un hombre, a su orden, en su memoria, parte el pan y repite las palabras que Él pronunció la víspera de la cruz.

Tu primera Comunión, María Eugenia. "Mal preparada", has dicho, y sin embargo, te sentiste impresionada con mayor intensidad: "me sentí como separada de todo aquello con lo que tenía algún vínculo, para entrar, sola, en la inmensidad de Aquel que yo poseía por primera vez".

Conociste pronto esa experiencia de unión con Dios. Y la conociste sin haber pasado por la imitación del Hijo. Quiero decir, que el desencadenamiento de tu existencia de hija de Dios fue un encuentro súbito, imprevisto, no verdaderamente deseado, sufrido, en cierto modo soportado.

Y, sin embargo, no cesarás de decir a lo largo de tu existencia lo que yo decía más arriba: "para llegar a la unión, es absolutamente necesario empezar por la imitación". Imitación, no la hubo antes de esta primera comunión que fue verdaderamente una extraordinaria experiencia de unión.

¿Habrá contradicción entre tu experiencia y tu enseñanza? De ese género de contradicción que se expresa bajo forma de paradoja: no me buscarías si no me hubieras encontrado. Como si la unión impulsara a la imitación, y que ésta fuera necesaria para que la unión se produjese de nuevo.

El debate no es esotérico, es tema obligado de discusión entre especialistas expertos de la vida espiritual. Lo que está en juego es nuestra justificación de hijos de Dios. ¿Qué es lo que nos impulsa hacia Dios? ¿cómo podemos llegar a Él? La experiencia mística ¿está reservada a algunos privilegiados, mientras que los otros estarían obligados a un lento trabajo de mejora de ellos mismos, en una larga fidelidad, para finalmente, en el caso de su vida, comenzar a unirse a Aquel, a quien han buscado durante tanto tiempo?

¿Existirían especies diferentes de hombres y mujeres que

conocerían estas palpaciones del alma como una especie de revelación particular en lo tocante a sus sentidos? Mientras que otros no podrían contar más que con una enseñanza y una confianza testaruda en su Iglesia, en sus más allegados, para continuar creyendo en su Padre lejano y amarlo a pesar de este alejamiento.

La experiencia de tu primera comunión, María Eugenia, manifiesta sin ambigüedad que perteneces a la categoría de los "privilegiados" en el dominio de lo espiritual. Pablo que cae del caballo, Francisco estigmatizado.

Conozco a mucha gente que me ha confesado no conocer esta clase de "privilegio", que están desconsolados por ello y están heridos, preguntándose si son menos amados. Somos muchos los que comprendemos este sentimiento de tristeza por no sentir la presencia del Padre en ellos.

María Eugenia, la pregunta que llega inmediatamente al espíritu no es cosa de risa: "¿habrá desigualdad entre los hijos del Padre?" Esa desigualdad que provoca la tristeza hace nacer como un sentimiento de culpabilidad en los que son las víctimas: se preguntan qué es lo que han hecho o no hecho para no conocer esta profunda emoción del alma que nace de esa experiencia de unión con el Padre y el Hijo.

Estarás de acuerdo conmigo, creo yo, para ser concreto y práctico ante este interrogante que hace sufrir a las almas más generosas. Sigamos la andadura espiritual de los que han dicho conocer esta profunda experiencia espiritual que consiste en "sentir" a Dios en ellos.

Esta emoción del alma, por fuerte que sea, ha sido siempre una experiencia temporal, nunca un estado definitivo saboreado perfectamente día a día. Un poco como Pedro, Santiago y Juan asistieron a la Transfiguración, quisieron levantar una tienda para albergar lo extraordinario, y tuvieron que bajar de la montaña para volver al mundo de lo cotidiano.

Sabemos, María Eugenia, que esta experiencia de la fami-

liaridad con Dios es fugaz por nuestra propia condición. Aunque absolutamente conmovidos, somos incapaces por nosotros mismos de entrar de nuevo en el estado interior que conviene: disponibilidad total, acogida silenciosa, voluntad sosegada.

Este descubrimiento de nuestra incapacidad natural para poner nuestra alma en esta postura de adoración silenciosa nos conduce a la humildad: cuando hemos conocido ese momento de luz, lo obstaculizamos sin cesar. Cuando hemos recorrido un camino, perdemos el itinerario. Nos descubrimos infieles para con nuestro Padre y eso que hemos conocido el don de su fidelidad.

Esta carencia, instalada en nosotros, nos va a dirigir hacia lo que tú dices: "para llegar a la unión, es absolutamente necesario comenzar por la imitación".

Dios encarnado, Jesucristo, es el único camino que puede hacernos pasar de este estado de carencia a la plenitud de lo que esperamos. Cuando es necesario "volver a bajar de la montaña" el único camino para descubrir otras transfiguraciones es el de seguir el camino de Cristo.

Es tu experiencia, María Eugenia. La has escrito así: "Se podrá empezar por un acto de unión; pero si no se examina el Santo Evangelio para ver como Nuestro Señor practicó la humildad, la obediencia, la pobreza, la sencillez; cómo se comportó en su nacimiento, en su vida oculta, en su vida pública, es saltarse los medios para permanecer en la unión".

Vivir en Él, en la unión con Él. Hacer que la experiencia espiritual no sea una fuente que nuestro desierto desequie y consuma. Es nuestra responsabilidad y no hay más que un solo medio para eso: seguir las huellas del Hijo, conocerlo mejor sin cesar, querer vivir como Él vivió. Conocer sus noches de oración en la soledad; mirar con su mirada de amor; levantar al que ha caído, cruzado en los recodos de los caminos. Acoger el dolor, dar calor al alma helada por la desespe-

ración. Olvidarse para que el otro viva mejor. Hacer nuestras sus palabras que traen la luz al mundo.

Dios encarnado es el camino, el único, pues Él es la verdad y la vida. La experiencia mística no depende de nuestra voluntad; no nos es dada tras un largo esfuerzo. Está disponible en el vacío causado por la renuncia de nosotros mismos. No es el fruto de una búsqueda llevada a cabo por nuestros esfuerzos.

Hay incluso un hándicap para aquellos que quieren hacerlo demasiado bien, el de contar con su solo fervor, su sola generosidad, su aplicación determinada.

Es preciso renunciar para recibir, porque nada se gana, todo nos es dado. Renunciar a nuestra buena voluntad para no ser más que el resultado de la voluntad del Hijo. Renunciar a las Luces legítimas de nuestra inteligencia para no ser más que el reflejo de la luz que viene del Hijo.

Imitar a Jesucristo, María Eugenia, es renunciarnos a nosotros mismos, pues nos conocemos bastante como para saber que no somos el guía que pueda satisfacernos. Ese fue el camino de tu vida, ese deseo de poder decir como Pablo: "ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí".

## *Exilio*

El pensamiento religioso de tu tiempo era estricto; lo sentiste y lo denunciaste: "encuentro que raramente se enseña el cristianismo tal y como me parece que es".

Esta estrechez ha sido la causa de lo que vivimos en este siglo XX: las grandes iglesias construidas para grandes asambleas se han hecho demasiado amplias para acoger la expresión de los creyentes, menos numerosos hoy. Este pensamiento religioso ya no era capaz de alimentarnos en profundidad; también era incapaz de resistir otros pensamientos cuyo vigor era nuevo.

Conociste la tristeza de querer creer verdaderamente en lo que creías y de constatar que muchos cristianos se resignaban a creer con menos intensidad, se contentaban con lo que nosotros llamaríamos hoy una religión sociológica.

Conociste esa división creada entre tu voluntad decidida a ser absolutamente obediente a la Iglesia y tu constatación de la falta de discernimiento y de comprensión de muchos pastores de esta Iglesia.

Decimos hoy que no es fácil ser cristiano a finales del siglo XX; no estoy seguro de que lo fuera más fácil en la época en la que los cristianos eran más numerosos, pero decepcionantes.

“Me cuesta oír llamar a la tierra un lugar de destierro; yo la miro como un lugar de gloria para Dios”. Y añades: “aunque esta idea sea muy cristiana, a los ojos del clero, tiene un carácter de novedad, que incluso inquietara”.

Decir que tierra es un lugar de destierro para el hombre, es decir que la tierra no está hecha para él, sino que es como el paso de una prueba antes de llegar a otro universo donde habitaría Dios. Si por el contrario, como tú dices, la tierra es un lugar de gloria para Dios, la tierra está habitada por Dios, recorrida por Él, es una región donde le gusta encontrar al hombre. La tierra es santa, aunque sea también el lugar del pecado.

Cuando a los creyentes acaba por no gustarles el mundo, hasta el punto de hacer de él una tierra de destierro que hay que soportar antes de llegar al mundo de la verdad y de la luz después de la muerte, preparan la audacia de aquellos que, no creyendo en ese mundo de eternidad, se creen con derecho a decir que Dios ha muerto.

La tierra, María Eugenia, es un lugar de gloria para Dios. La tierra está visitada por Dios. La tierra es el lugar de la Encarnación. La tierra es el lugar de la Eucaristía.

Si la tierra fue lo bastante amada por Dios como para que su Hijo viniera a vivir la historia de los hombres, si es lo bastante amada para que el cuerpo del Hijo se nos dé cada día, cómo podría un creyente no querer amarla un poco, incluso si, demasiado frecuentemente, le decepciona?

Crear en Dios me parece impedir crear en ciertas dificultades. Había en tu época una idea muy extendida que consistía en pensar que el esfuerzo del creyente era ganar en la tierra su salvación eterna. Dicho de otro modo, que la salvación era una especie de carrera de obstáculos individual, como un largo túnel antes que la muerte llevara a cada uno al juicio.

Creo que tuviste la intuición, muy fuerte, de una especie de blasfemia que llega, sin anunciarse, al espíritu de algunos

creyentes cuando hacen de la tierra un gigantesco recorrido de combate personal cuyo fin es la salvación.

Blasfemia, pues, es negar el amor de Dios al creer esto, es negar la venida de su Hijo. Lucas da testimonio: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”. Y Juan cita las palabras de Jesús: si alguno escucha mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo, pues no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo”.

Tu época preparó, María Eugenia, las grandes negaciones del siglo XX. Al no creer bastante en el amor de Dios, dejando entender que la tierra no es un lugar de gloria para Dios, sino un lugar de destierro, por así decir, un lugar en el que Dios está ausente, se hizo posible la última pretensión de mi propia época : Dios ha muerto.

Me gusta releer lo que tú escribiste: “la finalidad de tal religión no es que nos apliquemos solamente en buscar por todos los medios nuestra felicidad eterna, sino también nos dediquemos a buscar en qué puede Dios servirse de nosotros”.

Dios es de nuestro mundo, habita nuestra tierra. Lo creíste; yo lo creo contigo. Las desgracias y el sufrimiento, los desgarrones y los egoísmos, la tristeza, el escándalo y la soledad existen, pero no tienen el poder de contradecir lo que nosotros dos creemos. Tenemos la responsabilidad de trabajar para que el escándalo disminuya, para recomponer los desgarrones, para dar calor a la soledad. No existe salvación individual únicamente, porque la tierra tiene sed de salvación y sería ilusorio para un creyente creer que él puede “salvarse” sin aportar su parte de salvación al mundo.

Dios está en nuestro mundo, creemos en su palabra: cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos. Dios está en el mundo; creemos en su palabra: este es mi Cuerpo, hacedlo en memoria mía.

¿Creemos en la palabra del Hijo? Temo que los creyentes

no creen suficientemente, que no hayan creído de verdad desde hace demasiado tiempo. Temo, y mucho, que por su falta de fe, hayan hecho de la tierra un lugar de destierro efectivo, y que hayan oscurecido a los ojos del mundo, la vista de la gloria de Dios en medio de los hombres.

No sé si sientes la misma tristeza que yo cuando me pregunto si, a pesar de nuestra fe proclamada, hemos sido infieles desde hace siglos. Tenemos por misión ser la sal de la tierra. ¿Se ha vuelto sosa la sal sin que nos diéramos cuenta? Si conociste esa tristeza en tu época, no te condujo a la nostalgia de un tiempo que hubiera sido mejor y al que bastaría regresar. Fuieste fundadora y tu fundación continúa. No soportabas la idea de una tierra de exilio, no admitiste tampoco la idea de una edad de oro perdida: "de edad en edad, ha cambiado el tipo de santos; seguirá cambiando, esa es la razón por la que la Iglesia necesita siempre nuevas órdenes religiosas".

El pasado no es más sagrado que el presente, bajo pretexto que el presente haya podido olvidar lo que supo el pasado. El presente es también el tiempo de Dios. La salvación está en acción, y la historia no es una larga caída. Es difícil para nuestros contemporáneos creerlo de verdad, tan asediados están de imágenes de dolor y sufrimiento, enterados casi inmediatamente de la desgracia, mientras que antes el sufrimiento sólo se mostraba en el recinto cerrado de los ceranos barrios.

Creíste, María Eugenia, en la posibilidad de una sociedad cristiana, y en tu boca, este término no significaba una sociedad dirigida por los clérigos, sino una sociedad iluminada por Dios. Venga a nosotros tu Reino, dice nuestra oración. El Reino de Dios que es el reino del amor.

Y añades: "los hay que dicen "bella utopía". Os confieso que esta palabra me escandaliza, porque yo veo que nuestro Señor dijo: no habrá más que un solo rebaño y un solo pas-

tor. El Hijo de Dios lo atraerá todo a Él".

Temo que no creamos con suficientemente intensidad que el mundo está salvado y que el fin del mundo es el reino de Dios. Temo que en tu época, como en la mía, no nos atrevemos a creer en la salvación colectiva del mundo, y que, como en un sálvese quien pueda ante la miseria del mundo, aparentemente insuperable, nos hayamos limitado a no creer más que en la posibilidad de una salvación individual.

Al fundar la Asunción, proclamaste con hechos muy concretos, que crees en la palabra de Cristo, en sus promesas. Y vosotras, mis hermanas de hoy, que sois de la Asunción, que lleváis el hábito que os agrupa, no decís otra cosa que lo que dijo vuestra fundadora: "dar a conocer a Jesucristo, liberador; enseñar que todo es suyo, que presente en nuestras almas por la vida de su gracia, quiere trabajar en cada uno de nosotros en la gran obra del Reino de Dios".

El mundo necesita que creáis verdaderamente. No sólo que viváis bien, santamente, entregadas a vuestras misiones, en el afecto de vuestras comunidades, compartiendo en el seno de vuestra congregación. Nosotros necesitamos que creáis que la tierra es un lugar de gloria para Dios, y que Dios está presente en nuestro mundo, actuando incansablemente, que el Hijo sigue atrayéndolo todo a Él.

Necesitamos que volváis a dar al mundo el gusto de creer en la palabra de Dios.

## *Viaje Interior (3)*

Discusiones, siempre. María Eugenia sale para Roma en Mayo de 1866 para encontrarse con el Papa y llevar las constituciones para su aprobación. Durante ese tiempo el nuevo superior nombrado por el Arzobispo se propone investigar sobre la manera cómo está dirigida la Congregación, sobre sus cuentas... Esto causa mal efecto en Roma donde la benevolencia que se anunciaba se convierte en desconfianza.

María Eugenia vuelve a París donde se entera de que el superior en cuestión amenaza con retirar el Santísimo Sacramento de la capilla del convento. María Eugenia propone su propia dimisión.

La fidelidad a la Iglesia es una virtud bastante incomprensible para la mayor parte de la gente, incluso para un número no despreciable de creyentes. No se explica bien sino con las mismas palabras que utiliza para nombrarla: fidelidad, Iglesia.

La fidelidad es como una tenacidad. Una tenacidad no con respecto a lo que se siente en el momento presente, sino una testarudez respecto a aquello con lo que se está comprometido. La fidelidad es, cuando uno ya no comprende lo que antes comprendió, es cuando uno sabe que tenía razón antes, inclu-

so si, hoy, la duda se insinúa.

La Iglesia. Todavía, siempre, a pesar de todo. Porque no se trata solamente de coexistencia, en un momento dado, de aquellos que pertenecen a ella, sino porque ella es el lugar donde Dios vive.

María Eugenia tenía el derecho de ser fiel a la Iglesia pues sabía decir lo que pensaba de los hombres que la componen. Y porque ella era fiel, tenía el derecho de decir lo que pensaba de esos hombres.

Su dimisión no se aceptará. La aprobación estaba dada.

### **PREPARAR LA TAREA DEL LAVADO**

Tras las mezquindades intestinas, llegan las llamas de la guerra del 70, luego, la guerra civil: cuidados a los heridos, a los refugiados, dispersión.

Vuelta la paz, las fundaciones se suceden, las vocaciones afluyen, la obra educativa se extiende. Y también las preocupaciones, materiales y espirituales.

María Eugenia tiene esa clase de espíritu que se interesa por todo. Recibe, escribe, hace las cuentas, busca dinero, reúne, instruye, reza... El miércoles es el día de recibir a los visitantes, pero estos deben esperar ya que a menudo ha cogido retraso, puesto que está encargada de preparar la ropa que va a enviarse al lavadero.

### **DECANTACIÓN**

Su salud no es precisamente excelente. Dice: "una infinidad de cosas me reclaman, y yo no conozco más que una. Y es que me duele la espalda, y querría acostarme..."

Decantación en la debilidad, momento en el que las últimas ilusiones que vivía desaparecen: la edad es importante. Tiene sesenta años, dará sus enseñanzas más claras y más profundas sobre lo que es la Asunción, el espíritu que ha querido para su congregación. Catorce instrucciones en las

que se apoya aún la Asunción de hoy.

El pensamiento es claro, pero el estilo es el de una conversación familiar, una conversación de familia. Ningún trazo de enseñanza magistral, más bien el compartir de una vida interior.

Como ocurre la mayoría de las veces a las personalidades verdaderamente fuertes, el pensamiento no se impone, no se impone por obligación. Dice lo que piensa, y llega a decir a sus interlocutores que son mejores jueces que ella misma, puesto que ellos se encuentran en el lugar mismo. Solicita su opinión.

Muerte de las primeras hermanas, del Padre d'Alzón, tristezas que son personales antes de ser las de una superiora.

### **IAS MÁS BELIAS PÁGINAS**

María Eugenia, en los primeros años de su vida, no conoció la tentación de identificarse con su cargo, como han caído tantos que prefieren desaparecer tras él y se deslizan con deleite en el ropaje de la dignidad y del respeto ordenado. Ella no se apegará a su cargo cuando llegue el momento, incluso si llega siempre antes de lo esperado.

Respetada lo es. Incluso venerada. Pero sobre todo, es querida. Cuando habla de sus hermanas, dirá en adelante: "mis hijas". Y lo son.

Su salud declina, su atención, su elocuencia. El Arzobispo le hace decir que sin duda es el momento de pasar el cargo.

Consentir en ello no la va a entristecer, sólo que significa que está peor de lo que pensaba: si se le pide eso, es que ya no puede continuar. Hubiera preferido sin duda, darse cuenta por ella misma; y no haberse dado cuenta, significa que la decisión es necesaria.

Se elige una Vicaría General. Los cuatro años que le quedan por vivir se pasarán en la ternura y la confianza entre la nueva responsable y la fundadora. Ella se retira de verdad;

## Mirada

no se agarra a jirones de poder. Pero está ahí, viaja, escribe, entrevista.

Luego viaja menos, escribe poco, los encuentros son menos frecuentes.

Cuatro años de viaje interior, más interior que los setenta y seis años precedentes. Un viaje que proporciona menos noticias a los cercanos. Un viaje que le pertenece.

Se vuelve cada vez más silenciosa. No hay casi textos suyos de esta época. Sin embargo, un médico dirá: "Vuestra madre escribe las páginas más bellas de su vida". Las escribe en su corazón. Ya no tiene otra tarea.

Es el momento en el que todo lo que es el pasado se reúne, se junta, de manera difuminada. Todo se resume, aunque con frecuencia falten las palabras.

Sospecho que los encuentros de estos cuatro años fueron diferentes. Como estaban menos ocupados por las preocupaciones del cargo, serían sin duda más largos, más atentos al interlocutor.

"Miro a mi Señor", dirá un día, hablando de estos encuentros, Miradas puestas en Jesucristo crucificado. Mirada a la que nunca se oculta el Señor.

"Dios os mira y os ama; vosotros le miráis porque le amáis".

Es así de sencillo, y esto vale más que todos los tratados y todos los discursos. Dios nos mira y nos ama, es lo que creemos y todo deriva de ello. Le miramos porque le amamos; es nuestra vida si lo creemos.

Hay momentos en los que siento que no habría que decir nada más, contentarse con esta sencilla unión de palabras, hacerlas cantar en nosotros y entre nosotros.

Es bastante extraño, María Eugenia, descubrir que puedes ser a veces difícil de leer, dejando que tus frases se alarguen, y que por el contrario en otros momentos, todo se une: lo esencial surge en algunas palabras. Se pasaría de largo casi sin darse uno cuenta lo que se dice; se continuaría el camino sin sospechar lo que uno se ha perdido.

Esto me ha sucedido repetidas veces, pero una especie de molestia interior me ha llamado al orden, como si mi inconstante hubiera registrado una alerta que mi atención había descuidado.

"Dios os mira y os ama; vosotros le miráis porque le amáis". Amor y mirada. Todo en dos palabras. Y al mismo tiempo un interrogante que ocupa toda una vida: ¿qué es el amor de Dios? Sabe-

mos cual es nuestro amor humano, para con nuestros padres, nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestros amigos. Pero sabemos que, por muy hermoso que nos parezca, es imperfecto y por lo tanto, debe ser diferente al amor de Dios.

¿Cómo es en verdad el amor de Dios? Es tan difícil de explicar que mucha gente no llega a creer en él. Y como estas personas no son menos listas, ni menos generosas que las que creen, hay que admitir que la respuesta no es sencilla.

A esta pregunta tú aportas la única respuesta posible: "nosotros no podemos hacernos una idea del amor". A decir verdad, me alejo un poco de tu pensamiento, pero vuelvo sobre él en un instante; este trocito de frase no es más que un fragmento de tu respuesta. Pero detengámonos un momento en él.

Tienes razón: "no podemos hacernos una idea del amor". Sencillamente porque nos excede, porque nos envuelve, porque somos dependientes de él.

No hay punto de vista sobre el amor; no se puede tomar distancia, ponerse fuera de él, para tomarle medida. No es un objeto de estudio, aislado del observador, a su disposición. Y aun menos una idea que se pudiera analizar, un concepto abierto a la discusión, un tema de disertación.

Atención, no estoy haciendo filosofía diciendo esto, estoy en pleno corazón del acto de creer. No hay nadie capaz de hacerse una idea de Dios, no podemos más que intentar mirarlo, desde donde estamos, con la debilidad de nuestra visión. Y si le miramos, es porque le amamos. Es necesario amarlo para mirarlo.

Dios no se estudia, se mira y se ama.

Tú has ido más allá, María Eugenia, y me has iluminado un "misterio"

Pero he mutilado tu frase; vuelvo a ella: "nosotros no podemos hacernos una idea del amor y de la atención con los que la Santísima Trinidad se absorbe y concentra, por así de-

cir, allí donde reside la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo en el sagrario. El que adora es digno del que es adorado".

La espiritualidad de cada uno, su sensibilidad y su educación le empujan, cuando reza, a mirar al Padre o al Hijo. Algunos, los menos se vuelven hacia el Espíritu.

Con tus palabras, tú nos dices algo diferente, más completo, si puedo decirlo. Nos invitas a contemplar no solamente la mirada de Dios sobre nosotros, sino la mirada del Padre sobre el Hijo, la mirada del Hijo sobre el Padre, la mirada del Espíritu.

La Trinidad es el "misterio" de la calidad del amor; es el "lugar" (no sé decirlo de otra manera) donde el amor no es una idea, ni un concepto, donde no puede ser una palabra. La Trinidad es el lugar donde el Amor se escapa de las fronteras de la palabra que quiere designarlo en el lenguaje de los hombres: esas letras que han unido para intentar nombrar lo que presienten, lo que el Hijo ha venido a revelarles.

Mirar la mirada que cruzan el Padre y el Hijo, es contemplar el misterio del amor. Y este misterio no es misterioso, en el sentido que sea oscuro y donde se precisaría taladrar el secreto. Es misterio porque no depende de nosotros y porque necesita ser revelado para que lo conozcamos.

El amor es siempre una elección, en el sentido en que podemos contrararlo o ridiculizarlo, pero no es una elección porque sea creación nuestra. El amor es creación; nos crea. No lo descubre el hombre; le es revelado.

No está tampoco fuera de alcance. No es un intercambio entre dioses lejanos que harían de él asunto personal, Y vuelvo a tu frase: "La Santísima Trinidad se absorbe y concentra allí donde reside la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo en el sagrario".

El amor, misterio de Dios, no se vive solamente en el cielo, cualquiera que sea el lugar designado por esta palabra. Se

vive también en medio de nuestra tierra, en numerosos lugares de nuestra tierra. Sólo se necesita un sagrario, esa cajita hecha por mano de hombre donde reside el cuerpo del Hijo. Pan convertido en cuerpo del Hijo, por unas sencillas palabras pronunciadas por un hombre, pronunciadas en memoria, palabras que reciben su poder del Hijo mismo.

¿Qué dices tú, María Eugenia? El sagrario es en la tierra el lugar del amor y de la adoración perfecta. No porque nos pongamos de rodillas ante el, sino porque es ahí donde la Trinidad se absorbe y se concentra.

Nuestra época ya no sabe muy bien, en una gran mayoría, lo que significa esta adoración del Santísimo Sacramento que estuvo en el meollo de la devoción de tiempos más antiguos. Tú, eres tú quien la has colocado en el centro de la espiritualidad de la Asunción. Y tus hermanas de hoy siguen viviendo estos momentos de adoración.

Si nuestro siglo no comprende lo que ocurre en el silencio, en esos momentos en los que la oscuridad del oratorio es apenas turbada por la luz vacilante de un cirio, es sin duda porque le cuesta creer que la hostia es verdaderamente el Hijo de Dios. Pero es quizá también porque no se ha sabido decirle que allí está instalado lo que hace vivir al mundo.

Me hubiera gustado que tu voz hubiera sido mejor comprendida: "La Trinidad se absorbe y concentra en este lugar". Cuando estamos ante este sagrario habitado, no es ante todo nuestra adoración, nuestro respeto, nuestros interrogantes, lo que importa. Todo eso es secundario. No se trata de nuestra voluntad, de nuestra concentración, nuestra distracción, nuestra aridez de corazón, de nuestra generosidad, lo que tiene importancia. No es nuestro estado de gracia, ni nuestro dolor de rodillas o de espalda.

Lo que cuenta es que el misterio del amor se vive ante nosotros. La Trinidad, misterio de amor, vive ahí, entre nosotros. Somos ante todo espectadores, Es absolutamente necesario

que seamos ante todo espectadores si queremos que lo que hacemos tenga el menor sentido.

Padre, Hijo y Espíritu absortos en amor. Amor en acción. Amor que escapa a nuestras palabras. ¿Qué querría uno decir ante quien ha creado el mundo?

María Eugenia, no hay más que la mirada en ese momento. "Miráis a Dios porque le amáis". Tú miras al amor en estos momentos. Rezar es fundamentalmente mirar, llenar nuestros ojos de ese misterio que se desarrolla ante nosotros. Mirar a más no poder, Mirar al amor en acción.

Tenéis razón, mis hermanas de la Asunción, de pasar tiempo mirando, en vuestras capillas y vuestros oratorios, a tiempo y a contratiempo. Mirar el misterio del amor.

En nuestra época, hay que decir que es inútil buscar el rostro de Dios, porque Él está siempre ahí. Si nosotros no lo distinguimos es sencillamente, porque lo hemos ocultado a nuestra mirada interior.

Nosotros no tenemos que buscar a Dios. Él nos hace abrir bien los ojos, pero nosotros nos dispersamos sin verlo. Si no vemos nada, es porque no queremos contemplar esa luz vacilante que indica, sin forzarlos, que Él está ahí.

Necesitamos conocer esos momentos en los que rompemos los espejos y las luces del mundo, Esos momentos en los que nos reunimos, nos hacemos un bloque, densidad, unión de pesadez y de ligereza, inmovilidad total. De rodillas, de pie, sentados, qué importa, únicamente espectador de lo que no "es" nosotros, pues "es" Él.

Esos momentos en los que no somos más que una mirada detenida ante una hostia que es el rostro de nuestro Dios. Descubrimos entonces que el rostro de Dios es una mirada; lo que dices, María Eugenia: "Dios os ama, y os mira".

La mirada de Dios a la que se engancha la mirada de nuestra alma, acuerdo silencioso de dos miradas, mirada que nos envuelve, mirada no inquisitorial, que no traspasa, que no

## *Tú sabes bien*

trata de escudriñar, mirada que nos envuelve y nos une un poco más, no a Él en primer lugar, sino a nosotros mismos.

“Me convenzo cada vez más de que todo se hace al pie del Santísimo”.

Me ha sido necesario, extrañamente, esperar a haber leído muchos de tus textos para descubrir la frase que tenía más importancia para ti. Cómo si fuera necesario perderse en la riqueza de tus escritos para desembocar un día en lo que lo dice todo en unas pocas palabras.

Cada hermana de la Asunción lleva en el dedo un anillo en cuyo interior está grabado lo que ella quiso, ella sola, que se grabara. Elección de una palabra al comienzo de la vida religiosa, palabra que acompaña una vida, palabra que acompaña en la muerte.

Palabra grabada en una alianza, palabra de una alianza, palabra que explica la alianza, dice el por qué de un compromiso, la razón de la elección de una vida. Palabra de algún modo secreta, que no se dice a cualquiera: está grabada en el interior del anillo, como con algo de pudor. Palabra interior.

Escogiste, María Eugenia, para explicar tu compromiso y acompañarte durante toda la vida, una de las palabras del Evangelio más emotivas para mí. Una de las más humanas, de las más verdaderas, de las más sencillas también.

El gallo había cantado tres veces. Pedro había salido y llorado largamente. No fueron las lágrimas las que le lavaron el alma cómo lo hubieran podido?

Fue la resurrección. Después de haber comido juntos en las orillas del lago, Él le preguntó: ¿me amas? tres veces, tantas veces como Pedro le había negado. Tú sabes, Señor, que te amo, respondió Pedro a la tercera pregunta.

“Tú sabes, Señor, que te amo”, son las palabras, María Eugenia, que hiciste grabar en tu anillo, que te han acompañado, sin cesar, desde tu profesión hasta tu muerte.

Son palabras de compromiso personal, pero son también palabras de fundación, no hay que equivocarse. Pedro respondió por él, pero el Hijo, sobre estas palabras salidas del corazón, ha fundado la Iglesia. No puedo creer que no hayas pensado en ello cuando decidiste hacerlas tuyas.

Hay que amar para fundar. Incluso, hay que amar de un modo especial. Juan lo relata: la primera pregunta hecha por el Señor resucitado a Pedro es muy precisa. ¿Me amas tú más que estos? pregunta Él. Estos, designaba a los otros discípulos, compañeros de la misma pesca. ¿Estás dispuesto a amarme más?

Tú fundaste porque amaste más. Entraste en el camino de la santidad, porque amaste más. Más que lo normal en un siglo de tibieza espiritual. Más que, quizá, hubieras estado en condiciones de hacerlo en la vida cotidiana de las personas que no se prestan a un compromiso tan radical.

Todas tus hermanas llevan un anillo en cuyo interior está grabada una palabra que desconozco. Cada una lleva sobre sí la palabra de su alianza. Las arrastraste porque amaban más; las arrastraste a amar más. Ninguna otra cosa puede explicar que se tome el hábito, que se deje familia y profesión, que se renuncie a amar como los hombres y las mujeres aman legítimamente. Nada se explica si no es por una sobreabundancia de amor que se ofrece.

La vocación no es un sacrificio, ni una gran obra, ni siquiera una tarea glorificante. Es el silencio de una respuesta a una pregunta hecha en un momento de la vida: ¿me amas?

Incluso si algunas vocaciones suscitan admiración por su valentía, su renuncia, su generosidad, no es eso lo que cuenta.

Tú has sido una de las mujeres más admiradas de tu tiempo. Tanto mejor para los que experimentaban esa admiración, tanto mejor para los que se complacen en recordar la realidad.

Me comprenderás, creo yo, si te digo que esto no me interesa. Me comprenderás a causa de esa frase grabada en el interior de tu anillo. No dejó de estremecer tu corazón que era fuerte; no cesó de tener primacía sobre tu inteligencia que era muy grande. Estremecía lo suficiente para alimentar tu energía que era increíble.

Esta frase estremece y es eso lo que commueve el corazón. Estremece de fragilidad, estremece por el recuerdo de esa fragilidad. La de Pedro, la tuya, la de todos los hijos del Padre que lloran de amor y al mismo tiempo por no amar a la altura de su deseo.

Pedro negó tres veces. Conociste, sin duda, esa negación interior a tu pesar, esa sequedad. Todos nosotros conocemos nuestras oscuridades, nuestras negativas, nuestras indiferencias, nuestra pereza para amar. Y sin embargo, Señor, Tú sabes bien cuanto te amamos.

No hay triunfalismo en esa palabra de Pedro que hiciste tuya. Ni la menor onza de orgullo. Justo el temblor de tu fragilidad unido a una profunda convicción.

Esta palabra estremece, tiembla, como estremece toda fundación. Es necesaria la mirada de Aquel al que amamos para que este estremecimiento no nos inmovilice por miedo. Es necesaria esta invitación del Hijo a Pedro: Sígueme. Tú me amas, pues sígueme. Sin más complicación.

¿Cuántas veces has dicho, María Eugenia: “Señor, Tú sabes que te amo”? ¿cuántas veces lo decimos nosotros? ¿cuántas veces lo dicen tus hermanas cuando les ocurre ser golpeadas

por la duda, la fatiga, la tristeza?

La fidelidad sería muy pobre si descansara sobre la perfección de nuestra vida y de nuestra voluntad. No nace sino de esa sencilla palabra, frente a todo, a pesar de todo lo que nos golpea, a pesar de nuestras negaciones.

Pedro, dice Juan, se entristeció porque Jesús le preguntaba por tercera vez: ¿me amas?

María Eugenia, cuando uno se entrega totalmente, renunciando a la vida legítima de la felicidad de los hombres y de las mujeres que viven la vida del mundo, ¿qué sucede si se llega a dudar de lo que hizo vivir hasta entonces? Nada en la vida tendría sentido si no fuera porque se ama.

Puede haber un gran dolor entre tus hermanas de hoy en un mundo que parece no comprender bien por qué estáis reunidas bajo un hábito. Puede existir dolor ante la incompreensión del mundo cuando os ve largas horas ante esa luz vacilante que manifiesta que el sagrario no está vacío, que el mundo no está vacío.

Lo dijiste repetidas veces de diferentes maneras, y yo quisiera decirlo como lo he comprendido: hay casas, escuelas, colegios. Ha habido irradiación e incluso influencia. Existió esa admiración, esa expansión bastante asombrosa. Existe duración, las superiores generales que se han sucedido, ocho al día de hoy, las mujeres de tantos países que se han reunido a lo largo de los años. Hubo cardenales y obispos amigos, los intelectuales brillantes, los artistas. Hubo antiguas alumnas y en gran número.

Y todo esto ¿por qué? ¿a causa de qué? A causa de una gran palabra escondida en el interior de un anillo. Estabas en disposición, María Eugenia, de que no fueran nada para ti todos esos éxitos y toda esa influencia, porque podías sin cesar, en ese estremecimiento testarudo, responder, a quien te hubieran preguntado, que tu Señor sabía bien que tú lo amabas.

Es el Hijo quien funda, y no tú. Es Él quien decide lo que se

va a hacer; hay una sola necesidad pero es grande. Es necesario que respondamos a su pregunta: ¿me amas?

Ni triunfo, ni gloria, una pregunta. Una pregunta que estremece tanto de fragilidad como de convicción.

El silencio es con frecuencia la señal más reveladora de hombres y mujeres. Si hablar sirve para decir, puede servir también para ocultar, para disimular, para diluir.

Habías previsto entrar en el silencio al final de tu vida, pero, como siempre sucede en esas circunstancias, llegado el momento, cuando se te hizo la petición de dejar tu responsabilidad, la sorpresa fue dolorosa. Pronunciaste esta frase: “¿me hallo en ese punto?”

¿Me creerías si te confieso que me ha costado menos encontrarte en tu silencio que en tus palabras? Dejaste tu responsabilidad en el otoño de 1894; has muerto casi cuatro años más tarde, al final del invierno de 1898.

Lo que era tu atractivo a los ojos del mundo declinó: salud, energía, inteligencia, palabras. La costumbre del éxito te abandonó, no te quedaba más que revestirte del hombre nuevo.

No te acompañan en esta última etapa hacia el mar más que aquellos para los que el hábito del éxito es secundario, para aquellos que piensan que la vejez no es un naufragio sino el momento de algo diferente.

Salías del Capítulo General en el que entregaste tu responsabilidad, y murmurabas: “ya no me queda más que ser

buena". Por frases tan cortas como ésta, María Eugenia, he podido encontrarme contigo. Indican la vida, mostrando el fondo de tu corazón.

Gobernaste, estabas hecha para ello, pero te pesó, no solamente por el peso de las preocupaciones y de las angustias ante las responsabilidades que te eran confiadas. Te pesó porque te ocupaba demasiado tiempo. Me explico.

Sucedte un fenómeno extraño cuando se tiene el encargo de enseñar y se quiere hacerlo en la sinceridad y la justicia. Las gracias que uno descubre en sí mismo en el momento de hablar y de guiar hacen entrar en una mayor familiaridad con Aquél en nombre de quien se habla. Esta familiaridad embelosa y da el profundo deseo de prolongar esos momentos. Como María a los pies de Jesús mientras que Marta se afana; como Pedro, Santiago y Juan en la montaña de la Transfiguración.

Durante sesenta años tú bajabas de la montaña sin cesar. Te esperaban abajo las preocupaciones y el ruido. Tú viviste con lo uno y con lo otro. Y aquel día de 1894, la debilitación de tus capacidades te hizo entrar en el silencio.

Ya no tenías responsabilidad; podías ser tú misma completamente, en ese momento en el que ya no lo eras del todo, puesto que la vejez te golpeaba sin vergüenza.

Lo dijiste en otro momento: no es en el momento de la vejez cuando se aprende a envejecer bien. Es antes, pues las fuerzas faltan en el momento en el que serían más necesarias. Es el momento donde sólo queda aceptar. Aceptar la propia debilidad, aceptar la piedad, aceptar la pérdida de la autonomía.

Paradójicamente, me imagino que ha sido más difícil para ti aceptar cuando no podías hacer otra cosa que cuando estas en plena posesión de tus facultades. Cuando se es joven, aceptar obliga a imponer silencio a su impetuosidad. Cuando anciano, aceptar ya no es cuestión de voluntad sino el sig-

no de la impotencia. Hay personas para quienes la rebelión se siente entonces.

"Ya no me queda más que ser buena". Se podría entender esta frase como si dijese: "Se me ha quitado todo, entonces traslademos la energía que me queda sobre mí misma". Sufriste en ese momento. Todos los hombres, incluso los más generosos, necesitan creer que los caminos les están abiertos, que pueden escoger, que tienen una palabra que decir, que todo no está decidido. A partir de 1894, constataste de golpe que no quedaba más que un solo camino para ti.

En la "vida activa", se tiene el corazón dividido, encuentra satisfacciones legítimas incluso en las tareas más altruistas. Estas satisfacciones son para algunos el ser admirados, para otros el sentimiento de colaborar eficazmente en una obra que les sobrepasa, para otros también un remedio a su soledad...

Cuando todo esto cesa, llega el momento de la verdad. La verdad sobre uno mismo. Sola, sin fuerza, debilitada la inteligencia, sola consigo misma, en una oscuridad que se insinúa en el alma. Sola cuando la palabra falta. Tú estabas rodeada ¡y cuánto! No se está solo muriendo en la Asunción. Pero, sin embargo, tu estabas sola. Abandonada de ti misma, abandonada por lo que te había hecho lo que eras.

Habías tenido el presentimiento en un momento dado, que desgraciadamente no lleva fecha. Esa oración que escribiste y que lo dice extensamente: "Oh, Jesús mío, dame el amor por excelencia, el amor a la cruz, no a esas cruces heroicas que nos ensalzan sino a esas cruces vulgares que llevamos ¡ay! con tanta repugnancia, esas cruces de cada día de las que la vida está sembrada, que se encuentran en medio del camino, en el olvido, la contradicción, los juicios falsos, el fracaso, las enfermedades del cuerpo, las tinieblas del espíritu, el silencio del corazón. Solamente entonces sabrás que te amo, aunque no lo sepa yo misma; y eso me basta".

## Epílogo

María Eugenia, hay cruces heroicas que nos elevan, nos ayudan a mantenernos derechos, a mirar el mundo con confianza. Cruces que nos fatigan pero que nos enriquecen. Cruces que nos dejan vencedores.

Y existen cruces que son mezuquinas, sin gloria, siniestras de pequñez. En esas cruces es donde la verdad de lo que somos surge con mayor intensidad.

Es fácil, en cierto modo, amar cuando uno es llevado por el entusiasmo, la novedad, el sentimiento de las conquistas. Es más difícil cuando ya no está uno seguro de sí mismo, cuando la lucidez mide el debilitamiento y la decadencia incluso, a los ojos de los hombres.

Amar esas cruces es otra cosa. No se está nunca seguro, cuando se tiene un alma exigente, de amar bastante.

Tú, María Eugenia, pediste la gracia de amar esas cruces, esas cruces que se despliegan en el silencio del alma. Las cruces de las enfermedades del cuerpo, de las tinieblas del espíritu. Distes cita, antes que ellas te alcanzaran totalmente; a Aquél al que habías entregado tu existencia. Cita, diciéndole que solamente entonces, Él sabría si le amabas verdaderamente.

Decías a tu Señor, lo que es, para mí, signo de santidad más que lo puedan ser todas tus fundaciones y obras, decías: “solamente entonces, sabrás que te amo, aunque no lo sepa yo misma, y eso me basta”.

Nos gustaría tanto amarle mejor, porque no sabemos si le amamos de verdad. Sólo nos queda dejar que sea Él quien juzgue.

María Eugenia, tu juicio es más bondadoso que el nuestro, y además tú lo sabes, con Juan: “No ha venido para juzgar”.

“Tú sabes que yo te amo”. Estas palabras ¿no se las has dicho cuando te tendía los brazos ese 10 de Marzo de 1898?

Estas pocas líneas no son una conclusión. Creo que ni siquiera le son necesarias. Y sin embargo, itengo interés en escribirlas!

“Tú sabes bien que te amo”. Olivier, no habrías podido poner mejor broche a estas hermosas páginas que son sencillamente un diálogo espiritual entre “vosotros dos”, dos testigos de la fe. Has hecho hablar a María Eugenia y ella te ha hecho hablar. Te ha provocado a proclamar tu fe y estoy segura que ella está feliz.

Efectivamente, sabía lo que hacía pi-diéndole que escribieras este libro. Pero te confieso que no sabía lo que resultaría... Quería, para mí y para mis hermanas, para todos nuestros amigos de todo el mundo, y para los hombres y las mujeres de hoy, recibir “de otro modo” a María Eugenia. Y no estoy decepcionada.

Este libro, tu mismo lo has dicho, no es una biografía. Nos describe el viaje interior de esta mujer a la que tanto queremos. Su viaje interior es único como único es también el de cada uno de nosotros. Pero, en cierto modo, su viaje coincide profundamente con el nuestro, pues a pesar de la distancia en el tiempo, ella nos ha formado y no deja de hacerlo.

## Índice general

Me gustan estas líneas que has escrito: "María Eugenia, incluso si sus fotografías y sus retratos revelan sin ambigüedad que han pasa cien años desde su muerte, es contemporánea nuestra en humanidad. Ella no es ejemplar porque sea excepcional, sino porque se nos parece. Conoció las aspiraciones, las exigencias, las renunciaciones que son las nuestras. A partir de ese terreno común, supo aprender que no era la dueña de su felicidad y que otro podía ofrecerle a lo que ella sola no hubiera podido aspirar".

María Eugenia ha dejado que Dios condujera su historia: "Es Dios quien lo conduce todo, y nunca mano más amorosa ni más sabia sabrá conducir nuestros destinos".

Al acabar la lectura de este libro, pensaba en ti, Olivier, pero también en Anne y en vuestros hijos con los que comparáis vuestras certezas de fe, lo que moviliza el fondo de vuestro corazón, lo que es la verdad de vuestra alma y de vuestra vida. Gracias, Olivier, en nombre de todas mis hermanas a las que has dedicado este libro y en nombre de todos aquellos para quienes estas páginas serán un descubrimiento, un encuentro, una alegría, y quizá el principio de un viaje...

Hoy, cien años más tarde, nosotros también "dejamos los arroyos y vamos al mar".

Atrevámonos a la esperanza, atrevámonos a la aventura de la fe.

*Sr. Cristina María González*  
*Supertora General de las Religiosas de la Asunción*  
*9 de febrero del 1998 – 23º aniversario*  
*de la Beatificación de María-Eugenia Milleret*

Prólogo .....	11
<i>Abandono los arroyos y voy al mar ...</i>	19
<i>Encuentro de dos Libertades</i> .....	21
<i>Recogimiento</i> .....	25
<i>Derechos</i> .....	29
<i>Locura</i> .....	33
<i>Viaje Interior (1)</i> .....	39
<i>Paz</i> .....	45
<i>Voluntad</i> .....	51
<i>Desprendimiento</i> .....	55
<i>Ternura</i> .....	61
<i>Viaje Interior (2)</i> .....	65
<i>Importancia</i> .....	71
<i>Buscarse uno mismo</i> .....	75
<i>Imitar</i> .....	81
<i>Exilio</i> .....	87
<i>Viaje Interior (3)</i> .....	93
<i>Mirada</i> .....	97
<i>Tú sabes bien</i> .....	103
<i>Cruz</i> .....	109
<i>Epílogo</i> .....	113